



# Relatos cortos 2022

## XII Certamen Mujeres

# XII Certamen Mujeres FSC-Andalucía 2022

## INDICE

- 1.- **EL SÍNDROME DE LA MANGA LARGA.** Ernesto Tubía Landeras
- 2.- **LO ÚNICO QUE NOS DIFERENCIA, EL SEXO.** Francisca Caraballo Monge
- 3.- **VENCER AL BICHO.** Javier López Menacho
- 4.- **AL ABRIGO DE LA NOCHE.** Ramón González Reverter
- 5.- **CON EL VIENTO EN CONTRA.** Jesús María Pérez García
- 6.- **LA FORTALEZA DE LAS NUBES.** Faustino Lara Ibáñez
- 7.- **NUEVOS JEFES.** Jose Luis Capella Carveraa
- 8.- **TODO SE PAGA.** Soledad Palao Sires
- 9.- **BUEN ROLLO.** Nuria García González
- 10.- **DÉJANOS GRITAR.** Lorena Machón Antolín
- 11.- **AVANZANDO.** María Dolores Martínez Egea
- 12.- **EL CASO DE JIMENA.** María Paz Plaza Santamaría
- 13.- **PUÑADOS DE SAL.** María Soledad García Garrido
- 14.- **ILUSIÓN HERIDA.** Lydia Rodríguez Sánchez
- 15.- **SILENCIO EN LA SALA.** Paloma Lafuente Aranda
- 16.- **HUYO.** Laura Lao Rodríguez
- 17.- **CAPITULAR.** David Pérez Pastor
- 18.- **NO MÁS SILENCIO.** Silvia Oller Jurado
- 19.- **EL SECUESTRO.** Encarna Ruiz Rodríguez
- 20.- **LA MULTA.** Elena Solera Muñoz
- 21.- **UN ESMALTE DE UÑAS.** Victoria Trigo Bello
- 22.- **MI YO LO RECUERDA.** Dámaris Sánchez Otero
- 23.- **OTROS TIEMPOS.** Rita Tapia Oregui
- 24.- **LA PIEZA DEL PUZLE.** Ángela Pizarro Encinasle
- 25.- **LA AUDITORIA.** Daniel Martín Hernández
- 26.- **REMONTADA.** Ana Carmen Martínez Gutiérrez
- 27.- **TECHO DE ESPEJOS.** Carmen Pérez García
- 28.- **MI PRIMER TRABAJO.** María Mars Pérez
- 29.- **VENGANZA POSTAL.** Roger Fernández Bargalló
- 30.- **CONTRASEÑA STOP ACOSO.** Olga Degayon Roldán
- 31.- **CUCHILLO DE PALO.** Perla Díez Arcos
- 32.- **ME PONGO EN TU FALDA.** Juana Torrijos González
- 33.- **SER.** Isabel Catayud Becerra
- 34.- **LUCIFER.** Loreto Canales Rizo
- 35.- **ALICIA EN EL PAIS DE LAS REUNIONES.** Dolores Martín Fernández
- 36.- **DIAPORAMA DE UN RUEDO SEXUAL.** Ana María Barreiro Barros
- 37.- **VIOLETA.** Alejandro Gil Gallardo
- 38.- **SALAS DE ESPERA.** Virginia Gil Gallardo
- 39.- **DAÑOS DIFERIDOS.** Luis Ignacio San Martín Arazola
- 40.- **INVISIBLE.** Rosalía Guerrero Jordán
- 41.- **CULPA.** Emese Elisa Sobrino Mandarász

# 1.-ERNESTO TUBIA LANDERAS- El síndrome de la manga larga

## El síndrome de la manga larga

Hoy se cumple la tercera jornada de Irene en el trabajo. Es nueva en la oficina. Los primeros días de una de esas jóvenes con electricidad en las pupilas y la piel rusiente por la efervescencia de una pubescencia aún sin inhumar. El primer día que entró, al mirar a las cuatro mujeres que componemos el núcleo administrativo de Hordesa S.A, su cara fue similar a la que puse yo, seis años atrás, cuando entré por primera vez, me senté frente al ordenador, y dediqué las pausas de mi jornada inaugural a pormenorizar la apariencia y vestimenta de mis compañeras de oficina. Mujeres de apenas treinta años que vestían mangas largas, blusas abotonadas hasta el cuello, faldas amplias o pantalones hasta los tobillos. La ausencia o retazos mínimos de maquillaje fue otro de los aspectos que me impactó en aquella ocasión y que, seguramente, Irene también ha detectado en nosotras ya en los primeros días. Yo, por aquel entonces, con la salvable diferencia de los años transcurridos, también vestía como ella y tenía la misma mirada. Ha pasado tanto tiempo desde entonces que parece que aquello pertenezca a otra vida, o quizá a la vida de otra persona. Apenas seis años y han sido más que suficientes para que en un proceso de necesario mimetismo, haya acabado vistiéndome y maquillándome exactamente como ellas; la estrategia del camaleón, la total invisibilidad.

A mediodía nos pregunta si queremos un café; ella invita. Carla pide un cortado, Sonia un solo, Inés un descafeinado. Yo, nada. Son las doce y cuarto, sé con quién va a coincidir en la máquina de café del final del pasillo y aunque muero por una dosis de cafeína siento como si mi estómago metamorfoseara en un estropajo metálico y herrumbroso. Solo quiero que todo pase rápido. Irene hace copia mental de los cafés y sale hacia el pasillo con una sonrisa en los labios. Cruza frente al despacho de don Roberto, el gerente, y él, acto seguido, sale en la misma dirección que ha tomado ella.

Veinte largos minutos después regresa a nuestro despacho compartido, reparte los cafés y, en silencio, se sienta tras su ordenador. Tiene el rostro lívido<sup>1</sup>, como si el maquillaje se hubiera desprendido súbitamente de ella. Mirándola de

soslayo, incluso tengo la sensación de que empequeñece tras la pantalla, como si quisiera desaparecer.

No he visto que ha ocurrido, no alcanzo a ver el final del pasillo desde mi mesa, pero no es necesario. Inés, Carla, Sonia y yo cruzamos una mirada, solo una, no son necesarias más. Después, retomamos nuestras labores y el sonido de las teclas del ordenador vuelve a componer la banda sonora habitual de nuestro centro de trabajo.

Seis años atrás yo también recorrí el pasillo y don Roberto me alcanzó en la máquina de café. Me habló candoroso, dándome la bienvenida a la empresa, asegurándome que tenía el futuro garantizado y unas enormes opciones de promoción interna, siempre que me debiera a mi trabajo, a la empresa y a él, obviamente. Yo sonreí y asentí. Fue entonces cuando colocó la mano en mi espalda, ubicó su dedo índice entre mis dos omóplatos y lo deslizó suavemente hasta alcanzar el corchete de mi sujetador. Momento en el que lo apartó, retiró la mano, cogió el vaso humeante de la máquina y regresó a su despacho con el café en la mano.

Desde aquel día, poco a poco, las insinuaciones se sucedieron y mi vestimenta varió, adquiriendo la misma que tenían mis compañeras de despacho, optando por una invisibilidad que, a veces da resultado... y a veces, no.

Me levanto y camino hasta Irene. Quiero decirle que no es justo, que no tiene que soportarlo como nosotras, que si vuelve a suceder o da un paso más, denuncie o que huya antes de que eso suceda. Pero, a mitad de camino, giro sobre mis pies y regreso a mi lugar de trabajo.

Han bastado unos metros para que recuerde a mis dos hijos, la hipoteca, la letra del coche, la del seguro en mayo, el dentista de Nacho... Todo lo que enumeré cada vez que cerraba un botón más la blusa, alargaba la manga o aumentaba el tamaño de mis pantalones.

Quizá sea una cobarde. Igual que Inés, Carla y Sonia. O puede que solo seamos víctimas del síndrome de la manga larga, de esa condena que adopta quien sabe que, en realidad, no ha pasado nada por mucho que haya pasado, y teme la lacra del dedo extendido. No lo sé. Quién diablos puede saberlo. Sigo tecleando.

Cuando acaba la jornada y salimos todas de la oficina, Irene ha abotonado un ojal más de su camisa y nosotras hemos echado otra palada de tierra enlodada sobre la gran derrota, nuestra gran derrota.

## 2.- FRANCISCA CARABALLO MONGE- LO UNICO QUE NOS DIFERENCIA, EL SEXO

Título: Lo único que nos diferencia, el sexo

Camino de prisa hacia mi trabajo, intento apurar hasta el último minuto en casa, cada día me levanto al alba, preparo los desayunos para mi familia, saco a nuestro perrito a hacer sus necesidades, nadie se preocupa de recoger sus enseres personales, excepto yo que no soporto nada de por medio.

Dudo si me he maquillado bien, seguramente si, y me encontrará muy bonita ese compañero descarado, no deja de mirarme de arriba abajo desde que he cruzado la puerta. No me siento cómoda con este comportamiento tan poco ético, a veces, las palabras sobran cuando los hechos hablan por si solos, los ojos transmiten lo que esconden nuestras almas, estas, pueden llegar a ser muy transparentes. Estoy convencida, este individuo, se siente superior a mi por el echo de ser mujer, ya me estoy cansado de esta situación, voy a dejarle muy claro que lo único que le diferencia de mi persona, cualidades y valores, es el sexo.

Afortunadamente, no todos los hombres son irrespetuosos con la mujer, cada ser humano somos distintos, únicos en nuestros sentimientos y en el concepto hacia los demás, a la vida en sí, en el respeto hacia nuestros semejantes sin diferencia de: sexo, raza, género, clase social, lugar de origen, religión e ideologías políticas.

Le comento a mi compañera y amiga mi situación, a esta, mi entrañable confidente, le pido que me acompañe para ir al lavabo, este acosador, en una ocasión, me impidió pasar poniéndose frente a la puerta, intentando de acercarme a su cuerpo, no me queda otra opción, pondré estos actos tan desagradables e irrespetuosos en conocimiento de nuestro sindicato. En nuestra sede se encuentran nuestros sindicalistas, estos, defienden nuestros derechos y nos apoyan, los considero muy necesarios en nuestra situación laboral, ya sea por este problema mencionado u otros, pero de incalculable valor para el trabajador.

Es de suma importancia el poder contar con mujeres que se preocupan por nosotras, quien mejor que ellas, estas, nos abren sus brazos y sus corazones, empatizan con tus sentimientos, preocupaciones y barreras injustas por el hecho natural de poseer un

sexo distinto, te apoyan unánimemente como madre, abuela, hija, hermana, amiga, o como en este caso, compañera.

Es justo como he dicho anteriormente el no generalizar, afortunadamente también existen buenos compañeros, buenas personas respetuosos y amables , son aquellos con los que te sientes cómodas, estos, no han olvidado que estuvieron abrazados a un vientre durante nueve meses, lo amamantaron, pasaron largas noches sin dormir acunándolos y calmándoles su llanto, los acompañaban al colegio, a jugar con ellos en el parque aunque estuvieran agotadas , sentían un gran dolor en su corazón cuando enfermaban, rogaban al cielo que el mal los padecieran ellas antes que sus hijos, serian capaz de dar su propia vida por quienes parieron. Ellas nos han dado y continúan dándonoslo, el amor más puro e incondicional, estas luchadoras, fuertes, orgullosas de su condición e imparables ante la injusticia tienen un nombre, MUJER.

Todos y cada uno de nosotros, tenemos la responsabilidad y el deber de seguir luchando cada día por una sociedad más justa. No miremos hacia otro lado, mantengamos nuestra vista al frente con dignidad, no dejemos que nos humillen llamándonos el sexo débil, todos poseemos un corazón para amar, en este, se enlazan los sentimientos de hombre y mujer por igual.

He plasmado en cada palabra, frase, línea de este relato, todo mi corazón, mis sentimientos llenos de agradecimiento y reconocimiento a estas almas comprometidas que se preocupan por nosotras en: nuestro puesto de trabajo, social, familiar, en todos los ámbitos laborales y personales de nuestras vidas. Gracias a cada una de estas mujeres que continúan con nosotras, un beso al cielo a las que partieron.

FIN

Autora: Francisca Caraballo Monge

### 3.- JAVIER LOPEZ MENACHO- Vencer al bicho

#### Vencer al bicho

*Valiente no es el que no siente miedo, sino aquel que conquista ese miedo.*  
Nelson Mandela

La noche anterior había ensayado, frente al espejo, todo lo que le iba a decir. No era la primera vez que pretendía dar el paso y daba rienda suelta a un monólogo justo y reparador que se consumía llegada la medianoche. Pero luego, en la oficina, se le encogía el estómago, se atenazaba y era presa del miedo. No era fácil sublevarse ante el que se sabe impune y despliega sus tentáculos en silencio amparándose en el poder.

Había tratado el tema en multitud de ocasiones con sus compañeras, y todas compartían ese sentimiento de repulsa, incompreensión y miedo. El director de proyectos de la empresa ejercía su tiranía con comentarios a lo bajini, palmaditas en el trasero, chistes inadecuados, exaltación de su virilidad y complicidades mal entendidas que, a regañadientes, forzaba con los más obedientes del lugar. Pero tenía la gracia en el culo.

Las reuniones de los jueves se convirtieron en su particular liturgia. A menudo, espoleado por la llegada del fin de semana y los buenos resultados de ventas, sacaba su arsenal de despropósitos con el objetivo de alimentar su autoestima. Iba probando con cada mujer, a su antojo, sus técnicas de “seducción”, ante las que siempre gustaba de tener público. A veces, los monstruos llevan corbata.

En la oficina, se le llamaba, a escondidas, el bicho. Y, como buen bicho, actuaba siempre de forma estratégica, estudiando el espacio y colocándose donde más pudiera ejercer su poder. Forzaba perspectivas para mirar el escote correspondiente, se empeñaba en rozarse con algunas piernas y romper la distancia habitual entre dos personas. Cada acción la acompañaba con un comentario jocoso. La última jornada se había referido a una compañera por su talla de sujetador, la 105 dijo refiriéndose a su habitual compañera del almuerzo. Fue entonces cuando le pudo la empatía y comenzó a barruntar su respuesta.

En casa, buscó apoyo en su pareja. *Habla con sus superiores o el departamento de recursos humanos*, le aconsejó de buena fe. Pero en su

interior sabía que no era suficiente, había que llegar a lo simbólico, a lo tangible, a lo real, como real era esa actitud cada día con tantas compañeras. Se fijó un día en el calendario, jueves 13 de diciembre, una semana antes de la cena de empresa, cuando el bicho solía intensificar su acoso. Esa mañana desayunó con calma, se puso sus mejores galas, se perfumó y acudió al trabajo.

A media mañana, el bicho ya esperaba en su ciénaga al resto del equipo. Como siempre, acudieron diez personas deseando terminar con la reunión. Primero soltó, junto a media carcajada, *lo que pase en la cena se queda en la cena, no hablad con vuestros maridos*, en alusión al inminente encuentro navideño. Minutos más tarde, antes de las evaluaciones en grupo, le espetó a una compañera: *Que no me entere yo que esas piernas pasan solas la Navidad*.

Fue entonces cuando apretó los dientes y dijo basta.

-Perdone señor, ha incomodado a mi compañera. Le emplazo a no volver a hacer ese tipo de comentarios.

- Es solo un chiste, por Dios.

- No, no es ningún chiste y no tiene gracia. Le repito que, por favor, no realice comentarios así en nuestra presencia.

- No es para tanto, ¿te he molestado, Diana?

Diana titubeó, miro al resto, y dijo:

- Sí, señor, ha sido molesto.

El silencio gobernó la sala. El jefe balbuceó algo y luego continuó con el orden del día. La reunión se aceleró y duró menos tiempo del habitual ese jueves. Los compañeros se dispersaron a sus respectivas mesas de oficina. La cena de Navidad ya tenía comidilla ese año, y puede que todo los años a partir de entonces. Por los pasillos, corría el rumor que Carlos alzó la voz contra el bicho y había inaugurado un nuevo orden de las cosas.

# **AL ABRIGO DE LA NOCHE**

RAMÓN GONZÁLEZ REVERTER

El espejo del cuarto de baño es mudo testigo de su performance previa a confundirse en la oscuridad. El cabello en perfecto estado, el rímel en los ojos, un toque de maquillaje y el pintalabios fucsia adecuado para la ocasión. Entonces se viste con un top negro, unos vaqueros desteñidos y se cubre con un chaquetón para combatir el frío. Jessica se recrea observándose con detenimiento, valorando su conformidad con la imagen reflejada. Un bombón. Lista para ir de fiesta, dispuesta a comerse el mundo. A continuación, sale a la calle para perderse en el anonimato de la muchedumbre, de jóvenes y no tan jóvenes que anhelan pasárselo bien al abrigo de la noche. Se fija en las adolescentes que van de marcha luciendo obscenamente sus trémulos atributos, lidiando entre si con frivolidad para ver quién enseña más. Niñas convertidas en mujer antes de tiempo, que intentan seducir con sus encantos juveniles. También las hay más maduras con minifalda que se mueven provocativamente sin ningún pudor, insinuándose con la voluptuosidad de gatas en celo. Jessica prosigue su ruta, soportando con estoicismo el frío y el dolor en los pies provocado por los tacones de aguja. Camina frente a una discoteca y arrastra la mirada lasciva de algunos clientes que, desde la cola para entrar, fantasean con pasársela por la piedra. A ella le gusta sentirse admirada. En la impunidad de la noche deambulan un sinfín de cazadores y sus víctimas, damiselas ansiosas de ser abordadas para olvidar la soledad y saborear un ápice de lujuria viviendo el apasionado romance de un rollo efímero. Jessica también anhela compañía, aunque por distintos motivos. Por puro vicio, porque necesita sentir la virilidad masculina en sus entrañas, un placer sin compromiso ni lazos de pareja. En los alrededores, varios clubs se anuncian con carteles sugerentes repletos de luces de neón. Capta el ambiente erótico, sensual, excitante que se respira. Recostadas contra la pared, un grupo de chicas, embutidas en vestidos suficientemente cortos para dejar al descubierto sus torneados muslos, especulan sobre a quien atraer. Jessica se deja envolver por aquella atmósfera clandestina de noche sin luna. Opta por

seguir de cerca a un tipo que ha salido de un local para ofrecerse gratis, confiando en que no la rechace, dado que los hombres no soportan verse acosados y huyen cuando alguien se les insinúa con demasiado descaro. Ella no quiere amedrentarlos ni robarles, tan solo busca un poco de placer, disfrutar de las caricias íntimas. A veces lo consigue y apacigua su hambre de sexo oculta en algún portal. Entonces el joven se detiene y, tras darle un repaso de pies a cabeza, con una ladina sonrisa le suelta su habitual letanía:

-Me llamo Juan y la tarifa de mis servicios para gays y trans es de cien euros.

## 5.-JESUS MARIA PEREZ GARCIA-CON EL VIENTO EN CONTRA

### Título del RELATO: “CON EL VIENTO EN CONTRA”

Es un día de diluvio, frío y casi cruel, tiempo inclemente que las vidas enturbia.

En el cielo un mustio color blanquecino amenazante, intimidado por trashumantes nubes deshilachadas, presenta una cúpula de luz mortecina que amenaza tormenta en cada nueva mirada.

Solamente unos grises retazos dejan entrever restos de luz al poniente.

Un estruendoso silencio reina en la habitación en la que se refugia.

La pesadumbre le quema como la mordedura del salitre de las lágrimas y le oprime la garganta donde han anidado las cenizas de pasados fogonazos de una aspiración, de un sueño que adivina perdido.

Muestra una mirada que, ayer preñada de ideales, vaga ahora a la deriva. Es un mirar sin ver, un llorar sin lágrimas. Su interior, fosilizando cicatrices que le siguen sangrando, le vomita que está perdiendo para siempre aquel prometedor futuro, aquel objetivo personal que cree ya inalcanzable.

Deprimida y con el viento en contra, en su alma ya no tiene cabida un desafío.

¡Qué no daría por ver a su madre orgullosa!

Pero las casualidades no venden argumentos convincentes a una mujer en su aparente fracaso. No encuentra, aunque la busca, perspectiva.

En su interior cabrillea un bronco resentimiento, recio como el tenaz golpeteo del mar contra un acantilado, que le hace ir siempre a contracorriente.

Mira a su madre, a quien siempre admiró y a quien teme haber defraudado. Esa mujer que decidió, sumisa, soportar el maltrato físico y psicológico de su padre por el bien de su hija hasta que ambas fueron abandonadas por él.

Fue una hija deseada pero vio su infancia repleta de amenazas de un padre que decía amarla pero que no sabía admitir en sus venas el sabor de la derrota.

Y sospecha en su madre una mujer resignada, a la antigua usanza.

- *“Eran otros tiempos”* – aduce, pero fue capaz de sacar adelante a su hija que hoy la ve subida al pedestal del futuro conquistado con el esfuerzo.

Ella, sin embargo, vive en una época equivocada en la que las negativas se conjugan en presente, con ofertas de trabajo putrefactas u obscenas, a merced de la indiferencia, en el silencio óseo de currículums desechados, ilusiones instantáneas y fugaces como el tiempo.

Se mueve en las arenas movedizas de la espera, en una sociedad en que la adulación o la apostura puede más que la valía y enciende un abandono malherido.

Su juventud pasó burlona, enterrada entre libros y apuntes cogidos a degüello.

Ha intentado prosperar mas no encuentra la respuesta que convierta su esfuerzo en éxito, siquiera pasajero. Tan solo decepciones.

Le aterra hacer fracasar en el abismo de la nada el eco de sus sueños pero no le acompaña la fortuna. Es esquivada la suerte de una eterna perdedora.

Busca en el cielo un algo que le ayude, que le empuje a seguir escarbando en la ciénaga del tiempo hasta encontrar en el lógamo una posibilidad que satisfaga la esperanza que su madre invirtió en ella y no encuentra sino un cruel y cínico vacío que le enfanga el alma. Es que le martiriza la idea de la decepción ante su madre.

La última, que no única, tentativa de acoso le dejó hundida, sumida en la miasma del machismo empedernido y se vio forzada a dejar su mísero empleo.

Aún martillea sus sentidos el aroma del rancio perfume que su jefe despedía al tratar de acariciarla con aquella mirada lasciva y lujuriosa rayando con la más indecorosa obscenidad, con el derecho de pernada que ese malnacido trataba de ejercer en secreto. Por eso, todavía tiene la mente en blanco como el fondo de una esquela con los bordes negros.

Una amalgama de obstáculos le paraliza, desempleo, abuso, interminables jornadas, casi frívolas ofertas, competencia en un mundo complejo, falta de escrúpulos, un mundo que no hace prisioneros y en que solo parecen navegar los veleros empujados por el humo de los más caros habanos.

En un instante preciso y decisivo la mano surcada por vetustas arrugas y serpenteantes venas de su madre se apoya en su hombro y le susurra:

*-“No te rindas nunca. Mi mayor éxito fuiste tú”.*

Aquella tenue caricia, revestida de coraje, despierta en su alma el más ansiado aliciente, el máspreciado estímulo para seguir adelante.

Al amparo del silencio, un clamor insonoro envuelve el anhelado apoyo.

Fue solamente un instante. El que necesitaba.

Ese contacto. Ese roce sutil.

La vida.



Firma del autor: Jesús María Pérez García

## 6.-FAUSTINO LARA IBÁÑEZ- LA FORTALEZA DE LAS NUBES LA FORTALEZA DE LAS NUBES

Los días nublados te gusta mirar al cielo, quedarte embobada en las divertidas y aleatorias formas de las nubes y sentir la calidez de sus besos, de sus abrazos sedosos y afables, su ternura, mientras quieres creer que tu vida está llena de armonía, con todo colocado en su sitio, en estanterías perfectamente aplomadas y alineadas. Los días nublados, especialmente los días nublados, cuando las nubes tienen esas divertidas y aleatorias formas, son los mejores para mirar al cielo y creer que llevas una vida perfecta, modélica, una vida exenta de lágrimas y de atardeceres tristes, una vida sin amargura y sin dolor, una vida bella y feliz, aunque no sea cierto, aunque sientas que la alegría te ha abandonado hace años porque él, Don Perfecto, se ha encargado de que así sea.

–Me gusta el modelito que llevas hoy –te dice él, Don Perfecto, con sus aires refinados, con su voz artificialmente melosa y edulcorada, mientras miras por la ventana de tu despacho y observas las divertidas y aleatorias formas de las nubes, mientras él te rodea por la cintura con sus brazos llenos de baba y mugre, mientras sientes pena y lástima, mucha pena y mucha lástima por haber llegado a esta situación, por haber permitido que él, Don Perfecto, haya llegado hasta aquí y ahora no sepas cómo pararle.

Tú no dices nada. Siempre callas. Crees que es mejor callar, no desatar la furia de un tipo acostumbrado a ganar, a manejar de una manera impúdica e injusta su poder. Por eso crees que es mejor callar y silenciar las acometidas de la tristeza, de la angustia y del dolor mientras sientes cómo las sucias yemas de sus dedos van conquistando territorios de tu cuerpo frágil y estremecido.

Él tampoco dice nada. Él te deja que sigas mirando a través de la ventana, que sigas pensando en tus cosas, mientras esperas una especie de redención que nunca llega, mientras las nubes van modificando sus divertidas y aleatorias formas, mientras te besa en el cuello y sientes algo muy denso y tóxico que sabe a rabia y a odio, mientras recuerdas aquella vez en la que mamá te descubrió mirando a través de la ventana una tarde nublada de primavera y te preguntó qué hacías y tú la dijiste que mirando las nubes y ella te dijo al oído, con un susurro,

que ya podías estar tranquila porque él, el ogro, por fin había sido detenido y ya no os volvería a hacer daño, nunca más.

–Mamá, mira esa nube: tiene forma de oso de peluche –la dijiste aferrándote a sus manos, sintiendo la quietud y la seguridad de sus brazos cubriéndote la cintura.

Ella sonrió y te dijo que nunca, jamás, deberías permitir que un hombre tuviera contigo el mismo comportamiento vejatorio que tuvo vuestro padre con vosotras, que tú siempre deberías ser y sentirte libre, como esa nube con forma de oso de peluche.

Qué lejanas resuenan en tu mente aquellas palabras de tu madre y cuánta decepción y cuánta desilusión encierran ahora que él, Don Perfecto, un día más, busca con urgencia y aspereza, bruscamente, sintiéndose un ser superior, tus labios, estos labios que se cree le pertenecen, como el voluminoso Maserati blanco que deja en una zona visible del aparcamiento para que todos sepan quién es el que manda, el que marca las pautas a seguir. Sin embargo, esta vez, sin dejar de mirar al cielo y recordando las palabras de tu madre, no te giras. Estás cansada de sentirte un desecho, de creer que todo vale, que la felicidad para ti no existe porque tú solo eres un eslabón más de la cadena y tienes que hacer lo que sea para conservar tu puesto de trabajo, porque tienes una hipoteca y dos hijos a los que sacar adelante, invalidando así los esfuerzos realizados durante tantos años para obtener el título de ingeniera y alcanzar una posición profesional que creías merecías por tus aptitudes y no por ser condescendiente con el acoso del dueño de la empresa.

–¿Qué pasa? –te pregunta él, Don Perfecto, al ver que su manoseo no surte el efecto de otras veces, al sentir la frialdad que destila tu cuerpo comprimido.

No le respondes. No quieres que sepa que, antes de escupirle a la cara y salir corriendo hacia la comisaría más cercana, acabas de ver entre las nubes la imagen de una guerrera que te ha infundido todo el valor y la fortaleza que te han faltado durante los últimos cinco años para huir y denunciar a un tipo indeseable.

*Faustino Lara Ibáñez*

## 7.-JOSE LUIS CAPELLA CARVERAA- NUEVOS JEFES

**Nuevos jefes;** por José Luisa Capella Cervera.

Llevaba ya quince años trabajando para cierta empresa y la verdad es que teníamos una jefa que era adorable, más que una empresa, éramos ya casi una familia. La señora Margarita, siempre me preguntaba por mi hija y si aún llevaba bien compaginar los tres empleos que llevo, por la hija de mis compañeras Luisa, Malena y Raquel, por el hijo de mi compañera Lourdes, por los hijos de mi compañero Manuel, por los hijos de mis compañeras Elena y Rafaela; vamos estaba pendiente de todo y de todos, lo que más abundaba realmente allí, era la soltería en aquel lugar y ella, igualmente se preocupaba por ellos, por ejemplo, Mariana y Raúl tenían ciertas patologías y ella les concedía los permisos que hicieran falta, te preguntaba qué tal las vacaciones, si habías empezado un curso de algo te preguntaba qué tal, se iba a tomar un café por las mañanas con las solteras, antes de comenzar a darle a la faena, en concreto salía con Mariana, Ruth y Trinidad; debo admitir que quizá ella se implicaba más con ellos, porque Doña Margarita estaba ya sobrada de años pero era soltera por convicción de siempre.

Cuando nos comunicó que se jubilaba, nos dio gran pena, porque era como una madre para todos, ella fue tan agradable de invitarnos a todos a su cena de despedida, invitándonos a todo. La preguntamos qué iba a ser de nosotros sin ella y Doña Margarita, dijo que la de las altas esferas, Doña Angelines, ya tenía sustituta pensada para la vacante que dejaba, pero no le dijo quién era y qué cambios llegarían, pero que estuviésemos tranquilos que eso podría tardar y mientras mandaría la subdirectora, otra soltera, la que salía al café, Doña Trinidad.

Estuvo errada Doña Margarita, hubo muchos cambios, la nueva Directora, Doña Francisca pasaba de todo e hizo que se marchase la subdirectora Trinidad a la calle, para poner al subdirector que ella quería, un tal Alfonso.

Siguieron habiendo cambios, realmente la vara del poder era de Don Alfonso que funcionaba a gritos, entró un chico nuevo, llamado Javier y no llegó a un mes en la empresa, pidió el cese voluntario de inmediato, despidió de golpe a Elena, Rafaela, Lourdes, Malena y a tres solteras que no he citado: Vanesa, Eliana y Dulce María y nos trajo, a un hombre mayor como él, con el mismo mal carácter, debían de ser amigos, porque iban juntos al almuerzo, a las corridas de toros..; se llamaba

Sebastián y era un vago de cuidado, pero como era amigo de Alfonso, no pasaba nada, al menos compensó después la llegada de otro señor mayor, Otilio, pero este hombre era muy eficiente. Después contrataron a una mujer mayor, que era muy despistada, se llamaba Gertrudis.

Empezó a meterse con los compañeros con problemas de salud, veía mal ciertos privilegios que tenían Mariana y Raúl, al final logró humillar al compañero y sin embargo Mariana, todos sabíamos que no se callaba ni debajo del agua y si él la insultaba, sibilamente ella algo insinuaba de él.

Un día entré en el despacho de Don Alfonso y vi que Mariana necesitaba que él revisase unos documentos, pero él no hacía ni caso y comenzó a decir cosas como: "Hoy vas muy escotada, seguro que hoy ningún cliente se te resiste", "pero si es una blusa con sutiles transparencias, bonito sujetador, negro, queda bien con la blusa", "¿por qué te pones nunca minifalda que te veamos las piernas? Porque no me creo que no te depiles", "si te maquillases un poco y te recogieses el pelo estarías de muy buen ver" y ahí cuando la comenzó a tocar el pelo no pude callarme más y le dije que parase o llamaría a Doña Angelines explicándole que él hacía acoso sexual a las compañeras, el comenzó a burlarse, que si eran bromas, si ésta está soltera por algo será, algo que ya me pareció caer muy bajo y le dije a Mariana que saliésemos de ese despacho.

Nunca calléis, yo no sabía que le decía a Mariana esas barbaridades, lo mismo a las que despidió les hizo lo mismo y como no pasaron por el aro, las despidió.

Yo le ofrecí a Mariana mi apoyo para ir a los sindicatos a denunciar lo ocurrido, pero ella me dijo que la que saldría perdiendo sería ella, efectivamente Mariana cayó muy enferma y tuvo que dejar de trabajar y en su sustitución le trajeron a una mujer mayor tan gruñona como él, Doña Felisa.

Siempre me quedará la espina de que no pude hacer mucho por Mariana, esa impotencia de que al ser un superior y que necesitas el dinero como agua de mayo pues mantengo tres empleos, debo callar y siempre me quedará la duda de saber si las despedidas súbitamente: Elena, Rafaela, Lourdes, Malena, Vanesa, Eliana y Dulce María, perdieron sus empleos por ese trato vejatorio. ¡Denunciad!

## 8.-SOLEDAD PALAO SIRES-TODO SE PAGA

### TÍTULO. TODO SE PAGA

Volvió una noche de luna llena, la despertó el silencio de los ruiseñores mudos. Ni los grillos se atrevieron a cantar pese a reinar la oscuridad del crepúsculo.

Escuchó abrir el portón del cortijo, el patear de los cascos de los caballos rompió el secreto del ocaso.

La amanecida fue distinta, hasta la claridad de sol parecía llegar con sus rayos hasta el último rincón del pueblo. Andaban ya los gañanes con la cabeza baja, se afanaban en los campos sintiendo el calor abrasador en su espalda, ni una sola palabra salía de sus bocas, ante el temor de la llegada del señorito.

—Rancio humor—comentaban las comadres en el banco de la plaza.

—Ni en el infierno será bien recibido, Dios le ha castigado por matrimoniar con María la seca, ni un hijo le ha dado en tantos años ¿Dónde irán a parar los caudales y las tierras?

— ¡Que se los lleve Satanás! Y los reparta a los pecadores, ni un solo céntimo tocaría que hubieran tocado esas manos cicateras.

—Lleva grabado en la cara el sufrimiento de la poca hombría que describe a un hombre sin descendencia.

—En su interior se pregunta si toda la culpa es de la Seca.

—Eso le tiene amargado

—¿A qué habrá venido?

—A amedrentar ¿A qué sino?

—Buen chasco se ha de llevar.

—¡Qué se lo lleve!, ¡bien empleado le estará! Ella es orgullosa y altanera.

—¡Y así debe ser, orgullosa y altanera!

Y Rocío con el orgullo clavado en la frente se sentó en la bancada principal de la plaza. Su pelo rojo como la sangre, se movía al viento y sus rizos brillaban al sol, como brillaba el anillo del amo.

Con los ojos fijos en el camino le vio venir acompañado de sus adictos, a los que llenaba los bolsillos a modo de protección, mientras los braceros apenas llevaban unas perras a sus pobres moradas.

Y recordó aquella noche en la alameda, al borde del río, donde ella lavaba la ropa para tenderla al sol, sintió su presencia como se siente al gato negro a la luz de la luna. Esos rizos rubios, los ojos grandes y azules la miraban según caminaba hacia ella, esa inconfundible mancha de nacimiento en la frente en forma de fresa heredada de su padre. Cuando volvió la cabeza casi le tenía encima.

Se apartó unos pasos, que él, recuperó en un solo segundo. Ella miró hacia los lados solicitando ayuda con los ojos, pero estaban solos como lo está el barco a la deriva.

Intentó resistirse, pero su mirada la penetró y su boca alcanzó la suya. Gritó y gritó hasta que la voz se le hizo ronca, él, la empujó sobre la hierba limpia y húmeda, ella pateaba llorando, le arañó, golpeó su cara y se resistió hasta que fallaron sus fuerzas y ganó la lascivia inhumana que la embistió como si fuera un animal indefenso, notaba aquellas manos grandes en todo su cuerpo, vio como rompió su vestido, escuchó palabras inmundas, insultos, la zarandeó, la cambió de postura y arremetió contra ella con toda la fuerza de su cuerpo. Dos puñetazos en la cara la dieron de lleno, dejando el anillo grabado en su cara, y flaqueó, sintió un dolor horrible en las entrañas y una tortura en el alma que la desgarró por dentro, y se dejó hacer, no le quedaba voz para gritar, las lágrimas silenciosas resbalaron por sus mejillas mezclándose con las asquerosas babas del amo. Se levantó y la dejó tirada, la sangre manaba de su interior, y los ojos hinchados casi no le veían. Él, volvió la cabeza según se abotonaba el pantalón manchado con su humedad, la miró un segundo y retomó el camino de vuelta.

—¡Sufrirás, juro por altísimo que sufrirás! —pensó desde aquel banco de la plaza desde donde lo veía llegar.

Al pasar por su lado, la miró, fija e instintivamente cambió el semblante, bajó del altanero caballo con una precipitación que casi le hizo caer. Mientras, ella, sin inmutarse y con una sonrisa en la boca que brotaba de las mismísimas entrañas, movió con sigilo y pausa el carrito del niño que dormía plácidamente.

Se acercó en silencio, tratando de guardar las apariencias que no engañaban a nadie, mientras las comadres miraban en silencio la escena que desde hacía tanto tiempo esperaban contemplar.

No se escuchó un suspiro en el aire, ni las hojas de los árboles se atrevieron a realizar movimiento alguno que rompiera el silencio.

Se plantó frente a ella, derecho y fuerte, como el árbol grande de la plaza, esbozando el gesto huraño que llevaba grabado en la cara. Y en ese mismo instante sintió como se le rompía el alma al ver aquel chiquillo de rizos rubios, mofletudo y regordete, que llevaba grabada en la frente aquella mancha en forma de fresa.

El alarido de dolor rompió el sagrado silencio que se sintió en todo el pueblo. Las comadres se levantaron y marcharon, el negro luto con el que vestían se vio pasar con sonrisa en la cara y al llegar a la salida de la plaza se volvieron a esperar a Roció, que, moviendo sus caderas, y dejando que su pelo rojo volviera a brillar al sol, caminó junto a ellas sin tan siquiera volver la cabeza.

El amo levantó los puños al aire, gritó, juró, maldijo a Dios por la poca suerte, y cuando las fuerzas le fallaron, se sentó en el banco grande de la plaza y comenzó a llorar.

FIN. Soledad Palao.

---

*Ya no vienes al Bravo's los jueves con los de asesoría jurídica. Te espero para el pádel. Lo pasamos pipa el otro día, no lo niegues. Hoy tenemos pista para nosotros solitos. Te mandé un whatsapp el sábado. Debes de estar muy ocupada los fines de semana.* El Sr. Izquierdo la recibe en su despacho. Chaqueta gris a cuadros, gafas de otra década. Marina comienza a explicarle: ya en los primeros meses de prueba en la empresa, XMen pasó a la acción. Seguro en su puesto, XMen formaba a los nuevos abogados con un seguimiento exhaustivo del que reportaba cumplidamente ante sus superiores. Marina cayó en gracia por su entrega y, sobre todo, por las horas extra que regalaba a XMen para cerrar sus informes de manera puntual. Algún jueves acudió a las cañas del Bravo's, sí, pero luego el máster se hizo cuesta arriba y tuvo que espaciar esas salidas con el jefe y los compañeros. *Ahora os da por posgrados y esas tonterías. ¿Para qué? Si ya te han hecho contrato indefinido y aquí aprendemos de la vida, mujer, que es la mejor universidad*", le exhortaba XMen un viernes cuando Marina rechazó ir al pádel. *¿Dónde te has dejado a la chavala?*, le preguntó el jefe de asesoría en la barra del Bravo's. *Una chica muy aplicada, ja, para lo que le van a servir esos cursillos...*, retrucó XMen, quitándose la espuma de cerveza del bigotillo.

Hoy, el Sr. Izquierdo, director de RR.HH. de Morgan Asher Consultants, siente fastidio al escuchar las quejas de la empleada. Marina describe la insistencia de XMen, sus chanzas e indirectas. "Pues usted ha tenido suerte. El año pasado la hicimos fija", entona el directivo extraviando los ojos. Marina prosigue su relato - con el corazón a punto de salirse de su caja torácica - enumerando los mensajes y reclamos a los que ella no ha respondido y situando los hechos en un hilo cronológico. "Un día me afeó que me estaba poniendo "hermosa", vamos, gorda", informa la joven. El director baja sus párpados de batracio. Parece dormitar con el sol del mediodía. "Le tuve que confesar que estoy em-ba-ra-za-da, no hermosa. Eso le sentó muy mal. Desde ese instante, su actitud cambió a peor. Me ha apartado de proyectos importantes, proyectos míos", se lamenta ella. Y enfatiza: "Desde que se hizo público lo mío, la ha tomado conmigo, el otro día me puso en evidencia contando en la oficina que estoy esperando un hijo de "padre desconocido". ¡Mi vida no le incumbe a nadie!" El Sr. Izquierdo, viendo que el tono de la empleada se ha vuelto más vehemente, extiende las manos como queriendo frenar un torrente desbordado que pondría en entredicho a la empresa si alguien, desde fuera, logra

captar alguna palabra. “A ver, señorita Fuentes”, y carraspea: “Debería aclarar estos -digamos- ‘roces’ con su responsable directamente”. Ella sacude la cabeza: “No vale de nada. Sabe perfectamente la injusticia que está cometiendo. Es un plan pergeñado contra mí. Un castigo personal”. “¿Por qué castigar cuando él mismo puso su candidatura sobre mi mesa para hacerle un contrato en condiciones? Si se mojó por usted, no tiene sentido ahora que obre en su contra.” A Marina le corre un hilo de sudor hasta el coxis. Con la garganta seca, insiste en leer en alto otros mensajes con dobles intenciones, retorcidamente simpáticos, amablemente amenazantes e insolentemente apremiantes, todos maquillados con una pátina de “buen talante”. El Sr. Izquierdo pone los ojos en blanco: “Bueno, bueno, su responsable ha podido mostrarse insistente en algún momento, vale, seguro que la aprecia. Es un hombre de ‘bueno rollo’, que dicen ahora.” Cuando el Sr. Izquierdo pronuncia esta expresión es como si a Larra y a Azorín les pusieran en la boca la jerga de la Movida, y luego sigue perorando: “Pero si él ha decidido asignarle otros proyectos, no creo que tenga nada que ver con su gestación, sino más bien con sus aptitudes. Es un profesional con sobrada experiencia...” Marina cierra el puño dentro del bolsillo de la chaqueta. El móvil sigue ahí, testigo de toda una conversación que apenas ha durado quince minutos. Quince minutos han bastado, ha sido la respuesta corporativa que esperaba, muy a su pesar, y, con el estómago encogido, pasa a la fase 2 de su plan. Tendrá que recurrir al abogado laboralista. La joven se despide con un “que tenga un buen día”, a lo que el gris directivo se la queda mirando para constatar que es verídico, es una empleada “resultona”, y es cierto que el embarazo está avanzado y pronto le entregará la baja. Así se calmarán las aguas hasta que la empleada se reincorpore tras el permiso de maternidad, eso calcula el directivo.

Marina aprovecha la hora del almuerzo para buscar la soledad en su mesa de trabajo. Está apurando la pausa escribiendo algo de su propia cosecha: una columna de 1.700 caracteres dirigida a un conocido periódico donde denuncia su situación profesional y cita expresamente a la prestigiosa Morgan Asher Consultants, ofreciendo nombres propios y apellidos, así como cargos.

Cuando Marina se cruza con XMen por el pasillo que conduce a la máquina de los *snacks*, él se interesa por su estado con un falsete clamoroso. Marina le contesta con desidia: “Hambrienta”. Y pasa de largo.

## 10.-LORENA-DEJANO GRITAR

Déjanos gritar.

Toda la vida mi abuela luchando para evolucionar... pero no es hasta principios del siglo XXI cuando comienza el proceso de cambio de mentalidad, de libertad de expresión, de hacer frente a una sociedad en la que la balanza siempre ha pesado más de un lado que del otro. Intercambiando brechas salariales. Creciendo en igualdad. Dando la vuelta a la tortilla como hace La Otra en su canción "Se quemó". Fortaleciendo antiguas y nuevas costumbres. Añadiendo derechos laborales. Liberándonos de las cuerdas de poder. Intentando, al fin y al cabo, contrarrestar ese agujero negro existente en la humanidad. Pero ahora nos toca a nosotras, abuela, déjanos gritar. Tú solo tienes que escuchar.



Lorena Méndez  
Lorena Méndez

## 11.- MARIA DOLORES MARTINEZ EGEEA-AVANZANDO

Con gafas de sol en mis ojos salgo a la calle hacia mi destino. El cielo se ha vuelto gris invadido por nubes a punto de estallar. No llevo paraguas, pero no me detengo. Las gotas comienzan a caer, poco a poco, sigo avanzando. La gente con la que me cruzo me mira a la cara, debe ser porque sigo con las gafas de sol en mis ojos.

Casi no siento mis pies por el frío y la humedad. Mi falda está totalmente empapada y pegada a mis piernas, la siento fría y mi pelo ya no se mueve al viento.

Sigo avanzando, el lugar al que me dirijo me espera, presiento que sabe que hoy es el día.

Estoy frente a la puerta, he pasado muchas veces por delante sin atreverme a entrar huyendo de mi propia realidad. Me quito las gafas y queda a la vista el color morado de mis ojos, es el mismo que tiñe más partes de mi cuerpo.

Subo las escaleras. Alguien me dice que espere mi turno. Me siento en una sala abarrotada y observo cómo mis rodillas no dejan de temblar, pero ya no actúan así por el miedo.

Palabras hirientes, gestos groseros, gritos inesperados... y cobardes golpes llegan a mi recuerdo.

Salgo del lugar con la cabeza erguida, mi mirada ya no se oculta tras unos oscuros cristales.

Sale el sol, camino hacia el frente, la gente me mira. Esta vez no sé el motivo. Ya no voy sola, ahora me acompaña una gran sonrisa en mi rostro.

## 12.- MARIA PAZ PLAZA SANTAMARIA- EL CASO DE JIMENAE

Cuando recuerdo el caso de mi amiga Jimena, aún me da repelús, no lo puedo remediar.

Acababa de terminar sus estudios en el Instituto de Enseñanza Media de nuestra ciudad, yo la animaba a que se matriculara en la carrera que más le gustara, es importante tener una buena formación para poder acceder, con más oportunidades, a un trabajo , le repetía yo con la intención de persuadirla, ya que a mí me parecía la mejor opción, pero ella que no, que lo que quería era empezar a trabajar, se buscaría la vida, porque le interesaba empezar a ganar dinero para poder independizarse, eso era su mayor ilusión, soñaba con dejar la casa familiar.

Pasado un tiempo, no mucho, me comunicó que, a través de unos contactos, había conseguido su primer empleo, estaba más que contenta, era en unas oficinas en las que haría sus prácticas previamente a la contratación definitiva.

Todo fue de maravilla, se esforzó en aprender lo que le habían encomendado, tuvo la ayuda de otros compañeros que le allanaron el camino, orientándola en su cometido, y después de ese período firmó el contrato llena de satisfacción.

Todo le pareció muy fácil, qué suerte había tenido, había estado en el momento justo y en el lugar adecuado, todo se había puesto a su favor, hasta que, poco a poco, se fue dando cuenta de algunas cosas, actitudes que no dejaban de parecerle extrañas en cualquier ámbito, y más en el laboral.

Me contó que estaba decepcionada, nunca se lo hubiera podido imaginar; el baboso de su jefe, cada vez que tenía la menor ocasión, hacía lo que fuera por rozarla y muchas veces, se le iba la mano. A él le debía parecer de lo más normal, pero a Jimena la estomagaba.

No podía soportar que se acercara a ella cuando estaba sentada en su mesa de trabajo y se pusiera detrás, a hablarla tan cerca de su cuello que notaba su aliento asqueroso y se la revolvía el estómago. Eso se llama acoso, aquí y en Pekin.

A veces la proponía salir a tomar algo después del trabajo, pero ella siempre ponía alguna excusa para no tenerse que encontrar con él, la daba demasiado asco y no se iba a prestar a ello, aunque intuía que lo pagaría caro.

Ante sus negativas, fue notando desprecios, ciertas formas de dirigirse a ella para intentarla ridiculizar delante de los demás, de tal manera que se sentía ridiculizada y en lugar de avergonzarse él, la que pasaba vergüenza eras Jimena.

¿Este es el precio que tenía que pagar por haber conseguido un trabajo tan rápidamente?.

Me decía que si su jefe iba a seguir con esa actitud, ella no estaba dispuesta a consentirlo, hablaría con él y si no veía posibilidades de cambio tenía dos opciones, denunciarlo o dejar el trabajo.

Como no se atrevió a denunciarlo, ya que le faltó el valor y la seguridad suficiente, no le quedó más remedio que renunciar al trabajo, y aunque le costó mucho, pues de alguna manera sentía que había fracasado, al final lo hizo, dejando a ese ser completamente libre de toda responsabilidad por un “presunto” acoso sexual en el ámbito laboral.

### 13.-MARÍA SOLEDAD GARCÍA GARRIDO-PUÑADOS DE SAL

Hoy he vuelto a tragarme un puñado de sal. Ha sido un rato antes de llamar a su puerta. Hablaba con su mujer y he tenido que esperar. Todos sabemos cuándo habla con ella, por el tono más que nada. Y porque siempre, antes de colgar, le dice que la quiere mucho y que no sabe a qué hora va a poder librarse de la montaña de papeles que se alza sobre su mesa. Después de revisar el correo, lo que hace a primera hora, reparte los papeles por las mesas y le manda a Toñi que le pase la bayeta a la suya. Le gusta que el despacho huela a *cristasol* y lo ventila cada vez que se va una visita.

Cuando ha terminado con lo de *te quiero* y el rollo que se gasta de la montaña, me he atrevido a golpear con los nudillos. *Pasa, Isabel*, me ha dicho. Me he quedado plantada enfrente, de pie, porque le molesta que nos tomemos la libertad de sentarnos sin que nos haya invitado antes. Supongo que todo esto ha sucedido sobre las diez de la mañana: la mesa ya brillaba y se reflejaba sobre ella el fluorescente. *Tú dirás*. A la vez que me ha dado la palabra ha clavado los ojos en mis piernas para comprobar que llevo puestas las medias de seda que me regaló el mes pasado. Me tiran de la entrepierna y no hago otra cosa que ir al aseo para subírmelas, pero no me atrevo a desobedecer sus órdenes, no vaya a ser que se cabree y empiece con que no presto atención, que me he equivocado al enviar un *email* o que tardo demasiado en redactar un escrito, y me pase como a Natalia, que de la noche a la mañana la puso de patitas en la calle.

Le he pedido el viernes. Aún no he disfrutado de las vacaciones y, como ese día tiene mi niño la función de Navidad, he pensado que no me pondrá reparo. Pero con este hombre nunca se sabe. Se me amontonan trozos de sal en la boca cada vez que entro al despacho. Me empiezan a cristalizar entre las encías y el paladar, y no me permiten articular palabra. Por eso, cuando me ha respondido que el viernes tenía pensado hacer el balance de fin de año, a pesar de que yo lo tenía apuntado para el lunes siguiente, no he sabido contestar.

No es que tenga fijación conmigo, ni mucho menos. En realidad, es así con todas. Mi error fue presentarme a la entrevista de trabajo con una falda, una que me había comprado en Zara y que me pareció superbonita. Me pidió que paseara por el despacho y ya aquello me pareció bastante extraño. Yo mientras tanto le iba recitando todos mis cursos de *office*, el máster en recursos humanos y el nivel avanzado en inglés por la Universidad de Cambridge. No dudó en contratarme con

## PUÑADOS DE SAL

la condición de que fuera a trabajar con falda, que tenía las piernas muy bonitas. Pensé que se trataba de una broma y, con tal de trabajar, se me escapó una carcajada.

A Manolo no le digo nada de los regalos de mi jefe. Medias y más medias. Parece que las colecciono. Me lo callo porque sé que se va a enfadar. Es como si él viniera contándome que Patricia, su compañera, le elige las corbatas. Pues maldita la gracia que me haría. Estoy contenta porque dice que el mes que viene le pagan la productividad y, la verdad, con ella le vamos a dar un zarpazo a la hipoteca. Mi jefe ha propuesto a Manuel, el de contabilidad, para el puesto que ha dejado Jesús, que se jubiló el mes pasado. No entiendo muy bien por qué lo ha hecho, cuando soy yo la que repasa al final las cuentas, pero me alegro por él, porque su mujer está en el paro y, con tres niños, trescientos euros más se notan.

Llevo toda la mañana dándole vueltas. No quiero perderme la función del niño. Lo mismo llamo el viernes y le digo a mi jefe que no me encuentro bien. No lo he hecho nunca, pero es que lleva el pobre tanto tiempo preparándose para hacer de San José, que me daría una pena horrible fallarle de esa manera. Manolo me ha dicho que él no se lo pierde y que lo va a grabar en vídeo. Solo de pensar en que no puedo ir, ha vuelto la sal. Unos pegotes que casi no puedo tragar. Desde luego se acabaron las faldas y los rizos. Si quiere echarme, que me eche. Ya no le voy a aguantar más tonterías. De hecho, ahora mismo vuelvo a su despacho.

He pedido permiso para entrar. Debo haber pegado bien fuerte, porque me ha oído a la primera. ¡Cómo brilla la mesa! Y se lo he soltado de golpe. Tengo derechos a mis vacaciones y no pienso perderme la función de mi niño. Me ha mirado y ha sonreído. Me ha dicho que vale, que haga lo que quiera, pero que el lunes sin falta quiere el informe. Le he contestado que por supuesto. El lunes tendrá en su mesa el maldito balance. Pienso estrenar unos pantalones de tiro alto preciosos que estaban en oferta. Vaya que si los estreno el lunes. Cuando he vuelto a mi mesa, me sabía la boca a mar, pero el regusto me ha parecido un sabor de otro tiempo. He enganchado las medias con la grapadora y les he hecho una carrera tremenda. En cuanto llegue a casa, las tiro a la basura.

MARÍA SOLEDAD GARCÍA GARRIDO

## 14.- LYDIA RODRIGUEZ SANCHEZ-ILUSION HERIDA

Al entrar en el edificio de una multinacional donde la habían convocado para una entrevista de trabajo, Vanesa intentaba guardar la calma a medida que iba subiendo las escaleras. Lo prefirió en lugar de coger el ascensor para darse unos minutos más e intentar tranquilizarse. Había tenido suerte de conseguir la entrevista pocas semanas después de haber terminado la carrera. Solía vestir estilo moderno pero en esta ocasión se había esmerado en lucir un aspecto más serio que no desentonase en un centro de trabajo. Había recogido su pelo rubio muy rizado en un moño que le hacía parecer una profesional con experiencia. Su maquillaje, discreto pasaba bastante desapercibido. Cuando se miró en el espejo antes de salir de casa, sonrió al ver el cambio de estilo al que no estaba acostumbrada.

En la recepción, detrás de una ventanilla, le atendió una chica que no sería mucho mayor que ella. Al cruzar un despacho para acceder al del director, se percató, en mitad de unos murmullos y risas, una voz femenina, que, sin el menor pudor, parecía mofarse de ella, y pudo oír parte de la frase: “seguro que la contratarán”. A renglón seguido, la compostura que Vanesa intentaba guardar empezó a flaquear. Su cuerpo entero mostraba aprehensión, su frente y manos humedecidas por el sudor y su espalda encorvada bajo el agobio.

Detrás de un escritorio que le pareció enorme, sentado en un sillón con alto respaldo que le daba aire de superioridad, el Sr Ludvic le tendió la mano y le señaló la silla que era mucho más baja que el asiento donde él estaba sentado. En un segundo la sometió a una inspección visual.

–Relájate, no te pongas nerviosa. Te voy a hacer algunas preguntas rutinarias y verás como todo sale bien.

Ante esas palabras, Vanesa se reconfortó y con esfuerzo, contestó de modo muy eficiente. Al final de la entrevista, a su gran sorpresa, le comunicó que le harían un contrato de un año con un periodo de prueba de un mes. La falta de experiencia y la emoción que le produjo la noticia, no la hicieron dudar de la buena fe de su interlocutor.

Su alegría iba en aumento a medida que pasaban los días. Se esforzaba mucho. Un día, el Sr Ludvic le pidió que se quedase después del cierre de la

empresa para comentar un tema. Vanesa no se negó por miedo a las posibles consecuencias sobre el periodo de prueba. Una vez ahí, mientras le servía un vaso de whisky, le expuso un proyecto. Ella estaba tan entusiasmada con la propuesta que no se atrevió a rechazar la copa aunque no solía beber y pensó que tenía mucha suerte de que su superior la tratase tan bien. Notó enseguida el efecto del alcohol.

Vanesa empezó a trabajar muy ilusionada en lo que le había pedido el Sr Ludvic. Periódicamente, en su despacho, mientras le reportaba los pormenores del trabajo, él acostumbraba a invitarla a una copa y felicitarla por su trabajo tan profesional a pesar de su juventud. Ella se sentía muy orgullosa de su éxito. Cuando poco a poco, los elogios profesionales quedaron atrás dejando paso a alabanzas sobre su bonita sonrisa y preciosos ojos, Vanesa pensó que tenía mucha suerte que su superior se mostrase tan amable con ella. Un día, sin embargo, después de varias copas, su efusividad fue en auge hasta llegar a poner la mano en su hombro y acariciarle un mechón de pelo. A renglón seguido, ella se levantó, perpleja, y le dijo que no lo tendría en cuenta porque pensaba que la bebida le estaba afectando.

Riéndose a carcajadas le contestó que no se hiciese la mojigata, que, desde el principio, ella lo estaba buscando con su meneo de caderas y su sonrisa. Vanesa, atónita, le insistió que no era verdad y le suplicó que por favor, cambiase su actitud. A medida que pasaban los días, las insinuaciones e intentos de roce cuando la oportunidad se presentaba, iban en auge hasta que la situación se hizo insostenible. Vanesa, al estar muy nerviosa, le dijo un día que lo denunciaría.

–No tienes pruebas. Es tu palabra contra la mía. Todo el mundo pensará que te quieres vengar de mí por no dar mi aprobación al periodo de prueba. Recoge tus cosas y vete, –le gritó el Sr Ludvic.

Vanesa entró en un periodo de ansiedad que le había propiciado insomnio. La fatiga era tan grande que no quería salir con sus amigas y ni mucho menos presentarse a otros puestos de trabajo. Pasó mucho tiempo antes de recuperarse, y cuando lo hizo con ayuda profesional, se prometió que lucharía en el futuro con todas sus fuerzas si, por desgracia, tenía que afrontar una situación similar.

Firmado: Lydia Rodríguez Sánchez

## **SILENCIO EN LA SALA**

Dejé de contar chupitos cuando las demás se fueron a dormir. El simposio había sido un éxito. Estaba feliz, exhausta, pletórica por el resultado. Tenía opciones al puesto, presentía que esta vez sí.

Durante los últimos meses de trabajo, entre montañas de ejecutorias por estudiar, me repitió cada día que era brillante. Me traía a menudo termos de café cargado y, en alguna que otra ocasión, se ofrecía a revisar los avances semanales. No debería hacerlo, podía haberse considerado un trato de favor, pero él decía que necesitaba en su equipo a las mejores. El Juzgado de Instrucción nº 33 de Zaragoza debía tener a las mejores.

Una oportunidad cada dos años; me decía que yo valía, que era brillante. Que no era ético que siendo parte del jurado me alentara en la línea de la exposición, pero que era mi momento. Que me lo merecía. Que era su becaria más ilustrada. Que yo era brillante. Muy brillante.

Era mi momento. Tenía que serlo. Por fin la magistratura iba a ser justa.

Exprimimos el fruto de un largo año de investigación y lo mezclamos con ginebra y limón. Mi lengua pastosa por el alcohol repetía que tomaran lo que quisieran, que pagaba yo, ya me arrepentiría mañana de haberme gastado media beca en una sola noche. Chocamos los vasos que salpicaban las manos de pringue meloso.

El resto del equipo abandonó la fiesta a una hora prudente, mañana había que volver a la oficina; él se ofreció a seguir brindando conmigo, yo, según él, su discípula aventajada. La más brillante.

Otra ronda, camarero. Salud.

El golpe del aire frío de invierno no ayudó a despejarme. Torcedura de tobillo. Puto tacón. Vértigo. Por aquí no se va a mi casa. Por favor, pide un taxi. Me encuentro mal. Quiero sentarme. No puedo más. Tengo sueño. Pídeme un taxi. Por favor.

Sentí una arcada. Me incorporé. Giré la cabeza para que el vómito cayera al suelo y no en mi pecho desnudo. Me quedé sentada. Me tapé con la sábana de seda negra. Me habló. Dijo que había sido una pena que me hubiera quedado inconsciente tan pronto, que no disfruté de sus dotes con el mallette.

A mi izquierda, su garganta escupía risotadas mientras marcaba el número del servicio de habitaciones. No me giré. No lo miré. Arrastré mi asco hasta el lavabo. El trozo de espejo pintó mis labios de hemorragia.

En la cama, sobre el rastro de su magistrado semen, dejé mis bragas rotas. Quería salir de esa habitación cuanto antes. El humo de su cigarro me acompañó a la puerta. Me informó que debido a nuestra amistad me iba a regalar el último trato de favor, le habían comunicado por mail que el puesto era mío.

En el umbral de la puerta giré la cabeza y balbuceé las palabras “policía, violación y denuncia” lo más nítidamente que fui capaz.

Se rio. Visto para sentencia.

**Fdo. PALOMA LAFUENTE ARANDA**

## HUYO

Una noche más en vela. Ya no recuerdo cuando fue la última noche que pude dormir sin tener estas pesadillas que me atormentan en la oscuridad. Toda la noche convenciéndome de que yo no lo he motivado, preguntándome cómo he podido llegar a esta situación. Pero ya no puedo más.

Suena el teléfono o la alarma del terror, como últimamente lo llamo. Es la hora de levantarme y prepararme para un nuevo día, pero no soy capaz. Mis piernas, mis brazos, todo mi cuerpo no reacciona. Ya no puedo más.

Toda la noche pensando y repitiéndome una y otra vez ese último mensaje que recibí: «pronto serás mía, ya lo verás». ¿Por qué le di mi teléfono? Yo solo quería llevarme bien con mis compañeros e integrarme en el grupo, jamás creí que todo esto podría ocurrir. Ahí empezó todo, el mismo día que, con ilusión, empezaba un nuevo trabajo, un nuevo proyecto, un nuevo futuro.

Los primeros rayos de sol atraviesan la ventana. El teléfono sigue sonando en la mesita de noche, me volteo en la cama para apagarlo y vuelvo a tumbarme. Mirando al techo, con los ojos aun irritados por todas las lágrimas derramadas durante la noche, recuerdo aquel primer día en la oficina.

Él se sentaba en la mesa junto a la que me habían asignado. Iba a ser la persona que haría mi adaptación en la empresa más fácil, tal y como me explicó mi superior. Pero nada más lejos de la realidad. Estuvo todo el día sentado junto a mí, muy cerca, mucho más de lo que yo hubiera deseado. Sí, me incomodaba, pero ¿cómo iba a decirle que se apartara? No quería parecer desagradable. Aguanté con la mejor de mis sonrisas, mientras él me rozaba la rodilla y el muslo, pero en mi interior solo quería que se alejara.

Fueron pasando las primeras semanas y yo estaba feliz, me sentía afortunada de haber conseguido el trabajo que siempre había soñado, de estar aprendiendo, de seguir formándome después de tantos años de estudio, sacrificio y esfuerzo. Pero cada vez que él se acercaba a mí, todo mi cuerpo se tensaba. Constantemente él soltaba algún comentario que me hacía irritar y enfadar: «te ves especialmente bonita», «que contento estoy de poder mirarte mientras trabajas», «alegras el día a cualquiera», «deberías llevar esa falda cada día, te acentúa tus curvas», «me

encantaría poder probar ese pintalabios», «hoy has aparecido en mis sueños y nos lo hemos pasado muy bien», ... Y yo callaba y sonreía. No sabía cómo actuar, me quedaba petrificada, no sabía cómo responder.

Pero todo fue a peor. Empezó con los mensajes fuera del horario laboral. Me pedía que fuéramos a tomar una copa o a cenar o me invitaba a su casa. Yo siempre le ponía excusas, pero él seguía insistiendo. Incluso me llegó a enviar alguna fotografía que él pretendía que fuera provocativa y a mí únicamente me provocaba repulsión.

Me armo de valentía pensando en que todo pasará, que él parará y me levanto de la cama. Paso un buen rato eligiendo que ropa ponerme, no quiero que él crea que le estoy enviando un mensaje. No tengo tiempo ni a maquillarme ni a desayunar, y salgo por la puerta de casa en dirección a la oficina.

Camino por la calle, con mis auriculares y pienso que me estoy volviendo loca. Dentro de mí solo quiero gritarle que me deje en paz, que no quiero más comentarios, más mensajes, más fotografías, no quiero que me importune más.

Sentada en mi mesa, reflexiono sobre explicárselo a una de mis compañeras. «Ella puede entenderme», pienso. Pero no me atrevo. Reconozco que me avergüenza no ser capaz de enfrentarme yo misma.

De pie, en la sala de descanso, con un café, observo por la ventana a la gente de la calle e imagino qué historia tendrá cada una de ellas. Inesperadamente, alguien se acerca por mi espalda. Mi cuerpo se estremece y me quedo paralizada. Me roza el cuello con su mano y empieza a susurrarme al oído todo lo que quiere hacer conmigo. Noto su entrepierna contra mi cuerpo. Como un acto reflejo, suelto la taza, que se rompe en mil pedazos al impactar contra el suelo. Me giro tan rápido como puedo y me encaro. Con lágrimas en mis ojos, le grito todo lo que había guardado en mi interior durante los últimos meses, todas las palabras que me había repetido día tras día, todas las situaciones que me habían repugnado, todos los insultos que tenía guardados para él. Permanece mudo, sin saber reaccionar, como tantas veces me había pasado a mí, cuando escucho a mi lado: “mujer, no es para tanto, él solo te estaba cortejando”. Identifico de inmediato esa voz, mi superior. Salgo corriendo de esa habitación, de esa oficina que tanto me está torturando. Huyo.

Laura Lao Rodríguez

## Capitular

Cuando Mar entró al vestuario, encontró a Lara y a dos cajeras cuchicheando.

—Dicen que Pablo se va mañana —dijo Lara.

Mar se dio la vuelta para que no la vieran y dio un puñetazo en la taquilla. Fingió que se le habían caído las llaves y solo se volvió hacia Lara cuando las dos cajeras salieron del vestuario.

—Me alegro de que se vaya. Dicen que es un cerdo —dijo Lara.

Mar se había sentado en una banqueta y miraba las taquillas grises cerradas. Había algo que quería decirle a su mejor amiga desde hace mucho tiempo y no sabía cómo hacerlo ni por dónde empezar.

Lara se sentó a su lado y puso una mano sobre su espalda. Sus músculos estaban tan duros como una piedra.

El caso era que Pablo había intentado forzarla. Fue hace un par de meses. No, no quería entrar en detalles de qué es lo que pasó. Ella se negó y desde entonces le obligaba a trabajar todos los fines de semana.

—Quiero que lo pague —dijo Mar.

Había urdido un plan para darle un buen susto. Pero necesitaba la ayuda de otra persona. Era fuerte y tenía un cúter, pero ella sola no podía hacerlo.

—Eso que quieres hacer es un delito —dijo Lara.

—Es mi forma de hacer las cosas —dijo Mar.

—Tienes que denunciarlo.

Mar sabía que no iba a servir para nada. Pablo era familiar de un pez gordo en la empresa y no tenía ninguna prueba para demostrar que decía la verdad.

—Pues habla con Fran, el de mantenimiento. Es del comité de empresa y sabrá cómo ayudarte.

Mar cerró los ojos y suspiró.

Lara apuntó el número de teléfono de Fran en un papel y salieron de los vestuarios. Mar estaba más relajada y le prometió que lo iba a pensar. Eso pareció tranquilizar a Lara, pero Mar ya había tomado una decisión y arrugó el papel. Tenía que hacerlo esa misma noche, antes de que Pablo se fuera.

Durante toda la jornada, la noticia de que Pablo iba a ser ascendido a gerente en un nuevo centro comercial que habían abierto en Valencia corrió como la pólvora. Solo para disimular, Mar se unía a los corrillos sin meter baza. Por

dentro, era una olla a presión. Se mordía los labios y apretaba los puños cada vez que recordaba cuando Pablo la llamó a su despacho, puso sus asquerosas manos sobre la cintura y le bajó los pantalones.

En la pausa del bocadillo, Lara la buscó por todo el hiper. La encontró sola en la calle, sobre una amalgama de colillas mal apagadas. Mar seguía con esa mirada ausente que tenía en los vestuarios.

—¿Has hablado ya con Fran? —preguntó Lara.

Mar arrojó otra colilla al suelo y escupió al lado. Allí estaba la bola de papel arrugado donde Lara había escrito el número de teléfono de Fran.

—Aún no —dijo Mar.

—Me lo prometiste.

—No te prometí nada. Solo dije que me lo pensaría...

—¿Lo vas a hacer, verdad? ¿Le vas a clavar esa navaja?

Desde luego, no iba a consentir que nadie le dijera lo que tenía que hacer. Con una mano la empujó contra la pared y levantó la otra con la intención de darle un guantazo.

Al ver los ojos rojos de su amiga al borde del llanto, Mar bajó la mano y Luna se marchó corriendo con las manos tapándose la cara. Mar fue detrás de ella diciendo que lo sentía, que se había equivocado, que le perdonase... Pero ya no podía remediarlo. Había descargado su furia con la persona que menos se lo merecía y ahora no podía dar marcha atrás con su plan.

Pisó la última colilla mal apagada y vio en el suelo la bola de papel que había tirado. De Fran decían que era de los que de verdad se implican con los compañeros. Solo por si acaso algún día necesitaba su teléfono, recogió la bola de papel y la guardó de nuevo en el bolsillo.

Eran las diez de la noche cuando Mar terminó su jornada, pero no fue a casa. Se quedó dentro de su coche con las luces apagadas, vigilando el Audi de Pablo que estaba aparcado a solo diez metros de distancia.

Cuando Pablo salió del centro comercial y arrancó el coche, Mar le siguió hasta su casa de Las Rozas, que estaba en una calle ancha de grandes chalets rodeados de altos setos. Había poca luz y hacía mucho frío. Había llegado el momento, Mar lo sabía y apretó los dientes. Metió la mano dentro del bolsillo para coger el cúter, pero en su lugar encontró el papel con el número de teléfono de Fran.

Firmado por PEREZ PASTOR DAVID -  
49010701R el día 31/01/2022 con un  
certificado emitido por AC FNMT  
Usuarios

## NO MÁS SILENCIOS

Elena llevaba ya dos años trabajando en el departamento de I+D de una gran empresa. Era una chica con muchos estudios pero sobre todo gran capacidad de innovación y de aportación de ideas. Muchas veces las transmitía, pero no llegaban a nada. Tenía como jefe de departamento a un hombre de mediana edad que la minusvaloraba. Con lo brillante que era ella, él la hacía pasar desapercibida, como si temiera que ella le pudiera hacer sombra. Incluso a veces cuando proponía ideas e iniciativas brillantes, éste las intenta apagar con su frase: “Limítate a hacer tu trabajo”. Elena desde casi al principio de entrar en la empresa le desagradó su superior, pero pensó que quizás con el paso del tiempo, al conocerla más, vería su talento y tomaría más en serio sus aportaciones, pero las escuchaba siempre restándoles credibilidad. Era evidente que no quería que ella destacara. Además con el tiempo empezó a acosarla, mostrando muchas veces un acercamiento físico intimidatorio hacia ella. Eso la coartaba a ella más de hacerse visible, y él lo sabía. Creaba en ella una especie de miedo, que la retuvo en ocasiones de participar más intensamente en momentos clave coaccionada por sus miradas. Él la hacía sentir mal, y poco a poco Elena iba perdiendo la motivación tan enorme con la que empezó, hasta que llegó un punto en que él consiguió que Elena ya no fuera partícipe en las intervenciones.

Pero con el tiempo Elena descubrió que las ideas de ella, que él catalogó como simples y banales, se las había agenciado como propias de cara a sus superiores. Fue entonces cuando Elena decidió que nunca más la acallaría. Estaba harta de oírle decir “No hay tiempo para considerar tus ideas” y ver que luego las presentaba como propias. Así que Elena tomó la determinación de que no consentiría que nadie le hiciera perder el entusiasmo en un trabajo con el que siempre había soñado y que le gustaba. Y decidió que él no la iba a cohibir más y que ella ya no iba a mostrar pasividad.

Desde ese día, en que se lo propuso se oyó su voz. No se dejó pisar de nuevo. Sacó valor y se saltó al obstáculo, que era él, que dificultaba su comunicación con la dirección. Elena se bastó para ello únicamente de sus conocimientos y altas capacidades, y se las ingenió para ponerlo en evidencia en múltiples ocasiones

ante los ojos de los directivos y hacer visible que muchas de las ideas propuestas por él venían de ella. Él simplemente las había tomado como propias y se había llevado los méritos. Y fue cuando Elena se hizo escuchar que destapó la mediocridad y mezquindad de él.

Ante esa actitud tomada por ella, él tomó represalias, buscó deliberadamente quedarse a solas con ella para acosarla y hacer que callara, pero como Elena ya había dado la voz de alarma, y más gente apoyaba su relato, él fue tan poco previsor que metió la pata y fue descubierto, pues ya estaban en preaviso. Y ante la evidencia de acoso laboral, el susodicho fue despedido.

Elena consiguió que hubiera cambios en el departamento. Se posibilitó la comunicación con la dirección de forma más sencilla. A partir de entonces ella fue tenida en gran consideración y sus opiniones y aportaciones fueron siempre consideradas. Y no tardó en subir de categoría laboral debido a su gran valía. Su valor para afrontar la situación le llevó a grandes logros. Todo un ejemplo de valentía.

Silvia Oller Jurado

### EL SECUESTRO

El jefe acudió puntual a la cita en casa de una de sus empleadas. Vestido de forma impoluta, perfumado y engominado, casi babeando, seguro de su conquista.

Durante un rato, Ramiro se mostró seductor y ella le correspondía con miradas coquetas mientras le servía una copa, ponía música. Cuando él, de forma casi atropellada, quiso pasar a la acción, aparecieron las otras dos amigas, también empleadas suyas, una de ellas la encargada. Les miraba sorprendido, sin saber si aquello suponía una amenaza o formaba parte del juego, un triángulo lujurioso, pensó Pero ellas se le echaron encima y consiguieron atarle a una silla y amordazarle. Llevaban tanto tiempo sufriendo de sus abusos, sus insinuaciones, su acoso. Su plan, minuciosamente preparado, era tenerle secuestrado un tiempo. Mientras tanto, tratarían de hacer algunos cambios en el trabajo.

Al día siguiente, las tres mujeres se presentaron en la oficina como si tal cosa. De forma desenfadada y siguiendo escrupulosamente su plan, cada una ejecutaba su cometido. La secretaria escribía cartas en nombre del jefe y falsificaba su firma. La encargada cambió el mobiliario por otro más actual, pusieron plantas por todas partes, música ambiental, cuadros vanguardistas, se suprimió el reloj de fichar. Un par de salas se habilitaron para guardería. Se aprobó la media jornada y la libre elección de horario. Lo más difícil fue conseguir una paga equitativa entre hombres y mujeres que desempeñaran el mismo trabajo.

Entre las tres, se turnaron para vigilarle, llevarle comida y permitirle asearse. Desgraciadamente después de apenas seis semanas consiguió soltarse.

Apareció en la oficina con semblante serio ante el estupor de las empleadas. No daba crédito a los cambios, al ambiente cordial y alegre de los trabajadores. Les llamó a su despacho. Sus ojos estaban inyectados de odio y sed de venganza, hablaba atropelladamente. Justo cuando estaba amenazándoles con llamar a la policía, se presentó por sorpresa el Gerente General de la empresa. Vino a felicitarlo por el aumento del 20% en las ventas, debido a los cambios introducidos. Perplejo, no supo qué decir. A cambio el Gerente le propuso enviarle a Brasil para abrir una sucursal. Le nombraría su segundo de a bordo. No tuvo más remedio que aceptar.

Nunca más supieron de él (se cree que fue abducido por una tribu indígena)

ENCARNA RUIZ RODDRIGUEZ

### La multa

La ceniza cae sobre el asfalto con indiferencia. Con la mano izquierda sujeta el codo, con la derecha se cubre la boca rubí, con los dedos sostiene un cigarro desencantado con la vida. El culo, apoyado contra la puerta del coche en una inclinación provocativa. Los espectadores se han quedado a diez metros de su cabellera caótica. El sol se cuele por las copas del parque de María Luisa. Teo juega indiferente en la parte de atrás del coche, atado a su sillita. Lo que hace falta para asustar a este crío. El energúmeno del coche vecino se deshace en alaridos. Es que tenía un ceda. Es que no llego a repartir. Es que a mí me pagan por horas, que saque los putos papeles, que qué le cuesta a esa... A esa... En la acera, cada vez más curiosos. Y, sí, ha sido culpa suya. Pero está visto que no va a sacar los papeles. Porque amistades pactadas las justas y más con el barrigudo que se ha bajado del coche con un «mujer tenías que ser». En la esquina de enfrente un viejo dice: «Yo, cuando viene un tanque de esos, me aparto. SUV les llaman. Y ellas, unas reinas».

Sobre la mesa blanca se acumulan media docena de mandarinas. El jefe ha venido tres veces a su mesa y en la última le ha robado una de ellas con gesto pícaro. «Te quiero contar una cosa». Otro encargo. Los Reyes Magos se pasan por su mesa siempre que sus colegas masculinos están de desayuno, de cigarro, de *team building*, de copas. «Dispara, Manuel», tedio mediante. Ni siquiera disimula que no tiene ganas de sonreírle. Debería cortarme, piensa Candela. Él, inmune a sus muestras de desprecio, insiste: «¿Damos un paseo y te lo cuento?». Como si no supiera la cantidad de cosas que tiene pendientes. Como no supiera no debería levantarse de la silla en doce horas. «Venga, Candela, si es un momento. Luego te vas antes. Si quieres». Candela se lo piensa. Treinta minutos de tregua la liberan de que su madre recoja al niño. «No te preocupes, cariño, lo hago con gusto. Tú ya tienes bastante». Pero, luego, le toca aguantar la cantinela. «¿Y tú? ¿Por qué no te arreglas con Marcos?». «Mamá, te he dicho mil veces que no». «Pero nosotros no estaremos siempre aquí». Y una contestación mal dada, y dos madres que sufren y... «Miro un par de cosas y voy», responde Candela a su jefe.

—Bonita mañana, ¿verdad? —dice Manuel.

—Clásico día soleado de invierno.

—Pues a ver cómo te lo digo porque sé que te vas a enfadar

—Sé directo, Manuel, sabes que no me gusta que jueguen conmigo.

—Como quieras: no te vamos a subir de categoría este año. —Candela le apunta con un dedo—. No te enfades conmigo. Sabes que no es cosa mía.

—No me lo puedo creer. Todas las responsabilidades caen sobre mí. Soy la única que entiende lo que estáis haciendo con las cuentas. Y llevo aquí siete años. A todos mis compañeros les habéis subido de categoría. ¡A los tres!

Él intenta aturdira con mil excusas. De repente, tres compañeros de trabajo que vuelven del desayuno se cruzan con ellos. Silban. El rostro de Manuel pasa de la sobriedad a la complicidad bandida y vuelve a la carga. «Soy el primero que defiende tus intereses. Me pegué con la dirección para que te dieran la jornada continua. Y me costó varias enemistades, que si era un blando, que si me tenías cogido por los huevos... Pero yo aguanté, porque sé quién nos saca las castañas del fuego». Candela recapacita. Piensa que la vía dura no le ha aportado ningún beneficio. Recopila unas cuantas frases robadas a libros de autoayuda y, cuando se dispone a hablar, Manuel la corta:

—Bueno, lo que quería decirte es que lo puedo arreglar. Puedo hablar con Eugenio. Si quieres. Ya sabes que yo tengo mano con él y me consta que te aprecia. Muchas veces le he dicho que en este departamento tú eres la reina en la sombra. Esta noche... Tengo unas botellas de Pesquera, que me las saca un amigo...

—Pero, Manuel, ¿otra vez?

Y Candela tira el décimo cigarro del día a los pies. Cuando va a apagar la colilla, casi le espachurra el empeine con el tacón. Y antes de gritarle no y mil veces no, que cuántas veces se lo tiene que decir, que no va a cenar con él, que es su jefe, que los dos tienen hijos, que no tiene tiempo ni ganas de poner en peligro lo único estable que tiene en su vida, se frena. ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Acaso servirá de algo? De vuelta en la oficina, mete en el bolso lo imprescindible: las llaves del coche, las de casa y el móvil. Y, frenética, se va a recoger a Teo dejándose los zapatos planos debajo del escritorio.

Al lado del parque de María Luisa, los jubilados siguen pendientes del guirigay. Candela tira la colilla al suelo, la pisa con el maldito zapato de tacón que no le deja pisar a fondo los pedales y se vuelve a la concurrencia. Exhibe un gesto de desprecio. «Se acabó la peli, señores», dice, se monta en el coche y arranca. Ya llegará la multa.

## UN ESMALTE DE UÑAS

Aquel día nos incorporamos cinco. Yo era la única mujer. Mis cuatro compañeros también habían estudiado Económicas y, al igual que yo, se estrenaban en su primer empleo serio. A ellos los asignaron a Export. A mí me condujeron a una mesa ante una puerta cerrada. Tú tranquila, guapa, me animó el Supervisor General. Enseguida vendrá Tomás. Supuse que Tomás sería el titular de ese despacho situado a mi espalda e identificado con una placa de Finance Director. Vale, curraría como estrecha colaboradora de Dirección. Sentada como una figura de escayola, estuve media hora sin existir para nadie. Sólo un empleado se dirigió a mí desde la impresora: oye, se han acabado los folios. Respondí que desconocía cómo ayudarlo. Luego le oí murmurar con otro que acudió con un paquete de DIN A4: menos mal que guardaste una caja... la putita anterior dejó sin hacer el pedido del papel y la nueva aún no se ha enterado.

Quizás aquello fuera una conversación entre ellos un poco ligera. Quizás yo no hubiera escuchado bien, porque yo hice las pruebas de admisión y fui entrevistada como Licenciada en Económicas, con inglés y francés. Para entretenerme, abrí los cajones. Lápices, rotuladores, clips, una grapadora, un taladro, impresos con el logo corporativo... Lo único anómalo, un esmalte de uñas. Probablemente yo fuera la única mujer en mi departamento. Pero eso no debía asustarme. Yo estaba suficientemente cualificada. De lo contrario, con tantas candidaturas como manejaban, no me habrían elegido. Recordé lo que me costó conseguir en casa que mi hermano se hiciera la cama. Recordé el gesto de contrariedad de mi padre cuando lo vio poner y retirar los platos de la mesa un día que vinieron a comer los abuelos. Recordé la protesta de mi madre cuando me negué a ser la única que le ayudara a fregar. Hija, las chicas de ahora sois unas quejonas, que una cosa es ir a la Universidad y otra tanto afán de igualdad.

Iban a dar las doce cuando llegó vociferando por uno de aquellos primeros móviles un sexagenario con la corbata aflojada y la americana dos tallas menor de lo que correspondía a su barriga. Se interrumpió y preguntó: ¿tú eres la que empieza hoy? Asentí. ¡Anda que bien, una pelirroja! Y reanudando con el celular, abrió la puerta con su llave y se instaló en el puesto de T. Álvarez. Es decir, ese mamarracho era Tomás.

Pasa un momento, me gritó. Entré. Mi primera tarea, un mazazo: ¿sabes configurarme el ordenador? Titubeando, respondí que si lo precisaba llamaría a Soporte Técnico. ¡Pues vaya secretaria me han encasquetado! Anda, tráeme un café. Y apréndetelo para siempre: con leche y doble de azúcar. Peor, imposible. Lo más claro, que yo era su secretaria. Mejor dicho: su chica para chapuzas. Regresé con el café. Has tardado, ¡eh! Tu predecesora tampoco era muy rápida y, además, se pintaba las uñas. Oye, a todo esto, ¿cómo te llamas...? Pronto supe la verdad del esmalte de uñas. Fue una llamada telefónica que me hizo la anterior secretaria. Hubo tema de mano y culo. Ella denunció a Tomás, pero unos testigos falsos lo respaldaron a él, que la acusó de aspirar a compensar en la cama su baja productividad. El remate fue ese esmalte, colocado posiblemente por Tomás en su escritorio. Aquello la condujo a una depresión y al cese voluntario. Tomé buena nota. Olvidaría mi licenciatura, mis veranos de inmersión en idiomas. Ignoraría que Tomás era un diablo casado por con una hija de la principal familia de accionistas. Avisaría a mantenimiento si se fundía un tubo fluorescente y haría a tiempo el pedido de folios y tóner. No me incomodaría que mis oportunidades y mi sueldo fueran inferiores a lo asignado a esos cuatro compañeros que ingresaron el mismo día que yo. Aquí estás como una reina y llegarías lejos si no fueras tan seca, me repetía Tomás acercándose unos centímetros de más con ese aura de carajillo que traía al volver de alguna comida con los auditores.

Una palmada de Tomás en mi nalga me hizo bajar a Recursos Humanos para solicitar cambio de departamento. Que tuviera paciencia. Que gente muy competente y llena de masters aguantaba en chiringuitos playeros. Que Tomás no era mala persona, que pronto se jubilaría y tendría otro jefe. Que eso de la equiparación entre hombres y mujeres era un cambio cultural y llevaría su tiempo. Y la perla final: reflexiona y recuerda que nadie te obliga a continuar con nosotros.

¿Dónde te has metido, pelirroja? Tomás me aguardaba impaciente. Oye, tráeme un café, que me marcho ya al aeropuerto. Y cámbiame esa birra de hotel que me has reservado. ¿No sabes que el Kansas no es para ejecutivos? Conoces poco este mundo, chiquilla. ¡Ay qué suerte tienes de que te haya tocado conmigo!

-----

## MI YO LO RECUERDA – DÁMARIS SÁNCHEZ OTERO

Estoy algo angustiada, no sé cómo empezar estas líneas y poder describir como comenzó todo, quizá lo más certero es que a pesar de que ha terminado sigo soñando con cada uno de los momentos, de las palabras, de las miradas... Soy incapaz de ir a una entrevista, ya que todo lo laboral me recuerda. El otro día iba por la calle y me pareció escuchar su voz, o incluso en el cine tuve un resquicio de olor de su colonia. Creo que lo más importante no es lo que ocurrió, si no como me siento después de todo, como he cambiado y como mi trabajo ha dejado de tener el sentido que tenía.

Te paras a pensar, te sientas mirando a un punto fijo y entonces te lo recuerdas, has estado estudiando durante 7 años para poder conseguir una vocación y ahora mismo solo te gustaría escapar. Tener otra profesión y dedicarte a ser algo donde no necesitas contacto con la gente. El mundo está tan dividido en personas que aman lo que hacen y otras que solo viven lo que la vida les va dando, que no quería pasarme 40 años haciendo algo que no sabía si me gustaba. Pero, aun así, me he dado cuenta que lo importante no es el cómo o el que, si no el con quien.

Pero en este dilema, me he propuesto como ejercicio, para superar parte de lo traumático, escribir, usar como arma este texto y quemarlo, devorar lo que siento y hacer catarsis en forma de palabras. Ya que es de las pocas cosas que aún quedan de mí, la pasión por escribir.

Así pues, intentare en estas líneas describir, a mi manera, con la emoción en mis ojos y en el pecho, lo que paso hace dos meses. Como si fuera una película podría describir todo, hasta la música que sonaba de fondo en KISS FM, pero no quisiera yo centrarme en los detalles, si no en como lo sentí.

Esa semana en el trabajo nos habían dicho que había sobrecarga debido a las bajas y a la incertidumbre que estaba viviendo el mundo, resonaba en la boca del becario de recursos humanos la palabra que una persona sin contrato fijo nunca quisiera escuchar “despidos”. Y, lo recuerdo, fui al baño ya que me acababa de tomar tres cafés, cogí el móvil disimuladamente para contestar al WhatsApp y lo leí. “Vente a verme”. Por un momento pensé que sería él, pero mi cabeza quiso borrar ese pensamiento, ya que el número me salía en oculto. No

podía ser, después de dos semanas de la cena de empresa pensé que todo habría sido un sueño y lo hubiera borrado. ¿Qué quería? ¿sería él? ¿y si me despedían? Llamé, llamé a todas mis amigas que sabían la historia, para relajarme, para intentar cambiar el tema. Pero a los cuatro minutos volvió a llegarme otro mensaje. “Te estoy esperando con la misma ropa que la última vez”.

Lo que podría ser una frase de Tinder para ligar o de cualquier red social, era en ese momento una pesadilla. Una de las personas accionistas de la empresa, la pareja de mi jefa, me estaba mandando mensajes. Prometo que, en ese momento, desee estar en el despacho de recursos humanos y que me despidieran.

Al cabo de un rato lo pensé, me dije, necesitas este trabajo más que nada, no tienes escapatoria, vete a verle. Entonces dejó de sonar KISS FM, cambiaron la música y sonó la canción con la que me desperté después de la cena de empresa, en un hotel que no sabía dónde estaba y con él al otro lado de la cama.

El miedo aun me paraliza, que se entere mi pareja, que se enteren las madres del colegio de mi hija. Todo el mundo piensa que dejé la empresa por ansiedad, por esta falsa idea de que las mujeres no aguantamos en determinados trabajos, por esa ideología machista que aun defiende que como madre tengo que afrontar todos los cuidados, nadie se imagina que no soy capaz de entrar en mi empresa por una violación.

Quizá lo peor de todo es que no soy yo sola la que ha de pasar por estas situaciones, la que debe sentirse culpable, porque al principio me gustaba, porque no le dije nada la primera vez que me tocó, porque le di mi móvil, porque había pruebas de que teníamos contacto, ¿Cómo iba a demostrar yo que un tipo así me acosaba? ¿Cómo iba a demostrar yo que no quería?

Y si, aún recuerdo su olor, aún recuerdo sus ojos, aun me vienen imágenes de esa noche y de todo lo que vino después. Te sientes tan sucia cuando tienes que acostarte con alguien por no perder tu trabajo. Ojala mi hija y todas las mujeres no tuviéramos que pasar por ninguna violencia.

## Otros tiempos

Autora: Rita Tapia Oregui

¿Y cómo iba a hacer ella ahora para explicarle a un marciano que decía haberse enamorado locamente de ella, y al que tampoco es que ella le hiciera ascos, que debía volver a Marte, por mucho que le pesara, porque a ella se le había brindado el honor de defender lo que significaba ser “vetusina”, lo que, en su jerga, más próxima al terráqueo clásico, se conocía como “jupiteriana”?

—Es que no lo entiendo. ¡Como si fuera a ser el primero al que se le han hinchado los óvalos con la normativa terráquea y se la ha pasado por el forro! ¡Anda que no hay marcianos que se quedan aquí, en lo que vosotras os empeñáis en llamar Vetus, con la visa vencida!

—Se llama visado de procreación por algo y es de un año porque se entiende que la duración media del proceso de cortejo y fecundación de vetusina queda algo por debajo y no se quiere ejercer demasiada presión ni sobre los forasteros ni las nativas, porque ha quedado científicamente probado que da malos resultados.

—Ya, para que luego nos entreguéis a los mocosos to' filenos y tengamos que curtirlos para hacerlos marcianos, con lo que eso implica: crecer para tener que regresar a Vetus a repetir la historia de sus padres y, con el cora partío, ser regurgitados de vuelta al planeta de los simios.

—No será pa' tanto. Además, sea lo que sea, es lo que es.

Él trató de contrarrestar su taxatividad ungiendo con ternura su mirada. Seguidamente, se abalanzó a por un beso, el que coligió que ella le estaba suplicando.

—¿Y si me enlisto?

—¿Tú quieres luchar por defender los intereses de Vetus?

—Yo quiero estar contigo, pero no me lo pones precisamente fácil.

—Imagínate que se enteran de que la fiscal del caso del siglo, el que ha de sentar precedente sobre lo que se ha de considerar ser “vetusina”, cohabita con un marciano en la ilegalidad.

—Es el caso de la violación, ¿no?

Ella puso cara de sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Está en todas las noticias. Un marciano que no había llegado a pisar Marte porque su madre se había saltado la normativa y no lo había enviado con su padre a los cinco años.

—Precisamente, y a mí se me ha asignado la labor de demostrar que “vetusina” significa hablante de vetusino, que no se presta a dar cabida al concepto de “violación” que se baraja en marciano o terráqueo, porque, cuando se establece el canal de comunicación en vetusino, se entiende que las partícipes de la conversación carecen de las herramientas que les podrían llegar a capacitar para acometer semejante acto.

—Osea que es una movida lingüística —espetó, en lo que ella interpretó como un tono despreciativo.

—Sí, en la medida en la que lo es distinción cualquiera—exhaló, en un suspiro.

—Hombre, si te refieres a ... —y fue a por un torniquete con deshollinado de esófago. Ella respondió a lo cobra.

—Soo, caballo desbocado, que en este planeta los tiempos son otros y se le ha de permitir a lo que se dice un periodo de fermentación —con firmeza, levantándose del sofá.

Al fin y al cabo y hasta nuevo aviso, ella en Vetus seguía pudiendo plantarle cara.

### LA PIEZA DEL PUZLE

De esto hace muchos años, cuando en nuestro país todo era negro o gris.

Yo no tenía capacidad para comprender lo que sucedía, era una niña que solo pensaba en reír, saltar y jugar, pero todo eso cambiaba cuando llegaba mi tía materna, las risas se convertían en llanto, los saltos en abrazos y los juegos en fastidio. Llegaba como un alma en pena, la mirada perdida, la espalda doblada, hiciese calor o frío siempre llevaba manga larga, y en la cara moretones. Mientras mi madre la abrazaba, sus ojos tristes me miraban con ternura, dijo Cicerón que la cara es el espejo del alma, y sus ojos sus delatores, y es cierto, no hacía falta que dijera nada, porque su cara reflejaba todo el dolor que llevaba dentro, sin saber porque, un nudo apretaba mi garganta, yo evitaba que me abrazara, había algo dentro de mí que la rechazaba, y quería eludir esos momentos... y la tarde pasaba entre susurros y quejíos.

Por más que preguntaba y agudizaba el oído, no llegaba a entender lo que acontecía.

Un día escuche decir a mi madre:

--Es un monstruo! Mi tía replicaba:

--No, no, es que está enfermo.

Para mi corto entender, todo esto era un misterio que cada vez entendía menos, pero que afectaba a mis sentimientos.

Esto sucedió durante mucho tiempo, hasta que un día llegó la noticia de que mi tío había muerto, y desde aquel momento todo cambio.

Después de unos días de luto y recogimiento, aquellos acontecimientos vespertinos desaparecieron, mi tía recobro la alegría, sus ojos volvieron a brillar, lo morado se convirtió en rosado, y yo volví a mis tardes de juegos, sin que nadie enturbiara mi ánimo.

Entonces lo percibí todo, fue como un puzle al que le van encajando todas las piezas, por fin puse la última y vi la imagen completa, y lo entendí... estuve un buen rato, intentando encajar que aquello que acababa de descubrir fuese verdad, pero así era, no podía creer que esa persona fuese el monstruo, llegue a pensar miles de cosas, pero nunca, que aquel ser al que yo quería, y con el que había compartido tantas vivencias, fuese tan dañino, y yo que pensaba que los monstruos solo existían en los cuentos, pero no, también están entre nosotros, camuflados, en la calle llevan disfraz de ángel y en la casa son demonios.

Fdo: Angela Pizarro Encinas

Son las diez de la noche. Ana está inmóvil bajo el agua de la ducha, tan caliente que enrojece su piel, pero así es como la quiere, y si pudiera hacer que saliera más caliente lo haría. Siente náuseas, como las ha sentido esta mañana y lleva sintiendo cada mañana antes de ir al trabajo desde hace unos meses.

—No, Óscar. No me voy a hacer una prueba de embarazo, tío. Debe haberme sentado algo mal —le ha dicho esta mañana a su novio.

—Llevas unos días así, Ana. Algo que te ha sentado mal no es.

—Pues yo qué sé, serán los nervios por la auditoría. Ahora me tengo que ir.

Lo cierto es que Ana no sabe decir exactamente desde cuándo se siente así. Ha pasado a ser algo cotidiano, como cuando tenía nueve años y la cambiaron de colegio a mitad de curso. Cada mañana esa opresión en el estómago, los deseos de haber despertado con fiebre o dolor de garganta para no tener que soportar las humillaciones de los que deberían ser sus amigos.

No sabe exactamente desde cuándo se siente así, pero sí sabe quién le hace sentir eso. Jose se incorporó como jefe de equipo hace unos meses, y el cambio en él ha sido imperceptible, como el de un leopardo que va realizando pequeños y lentos movimientos que hacen pensar a su presa que está quieto, que no es una amenaza, pero que cada vez lo acercan más a ella.

Lo que Ana tiene claro es cuál fue el día que tomó la decisión de parar aquello:

—Últimamente te veo muy tensa, Ana —le había dicho una tarde antes de salir de la oficina—. Un día de estos tenemos que irnos tú y yo a tomar algo después del curro. Si te portas bien te regalo un masaje, te voy a dejar nueva. —le dijo mientras le acariciaba el brazo suavemente.

Ana no había sabido cómo reaccionar. No se esperaba aquello. Se quedó congelada y solo pudo seguirlo con la mirada mientras Jose se marchaba.

Aquello fue una confirmación, un punto que marcaba el inicio; y ayer, cuando estaban en su despacho trabajando en la auditoría, Ana quiso que fuera el final, porque ya no podía más y lo que Jose hizo fue la gota que colmó el vaso.

—Estoy que reviento con la auditoría —le dijo Jose—... y con lo que pasa entre nosotros. ¿Por qué no nos dejamos de juegos y echamos un polvo?

—Vale ya de todo esto Jose —le respondió encarándose a él—. No hay nada entre nosotros, sabes que tengo pareja y estoy bien con él. Tú no me gustas, y esta actitud que has estado teniendo conmigo me incomoda mucho. Por favor, para con todo esto.

Ana está segura de que vio una chispa encenderse en los ojos de Jose antes de que saltara de su silla y se dirigiera hacia ella agarrándola fuerte del brazo.

—¿Me vas a venir con estas ahora? Llevas tres meses calentándome como una golfa. Estoy discutiendo con mi mujer a todas horas porque no hago más que pensar en ti y en esas tetas que me plantas en la cara cada día. ¿Crees que no te veo venir? ¿De qué vas? Mira Ana, no juegues conmigo. De buenas soy muy bueno, pero conmigo no se juega. ¿Entiendes? Te hundo la vida, Ana.

» Piensa en lo que vas a hacer, porque esto puede acabar muy mal para ti —le advirtió Jose, mientras se ponía la chaqueta, recogía sus cosas y se marchaba.

Y ayer tendría que haber sido el fin, pero esta mañana ha vuelto a despertar con náuseas. Ha vuelto a ser esa niña de nueve años y, como entonces, ha inventado una excusa y ha vuelto al colegio. Pero esta mañana Jose era otro. Durante todo el día se ha comportado como si lo de ayer no hubiera ocurrido, hasta que poco antes de las seis se ha acercado a ella y le ha pedido que se quede a terminar de preparar la auditoría para mañana. Y de paso se ha disculpado porque se daba cuenta de que había confundido todo, y porque había estado muy tenso con todo el lío de la auditoría, y le ha dicho que ahora veía que no había habido nada entre ellos, y que mejor así, que menos líos para los dos, y que iban a ser compañeros muchos años, y que era mejor estar bien, y que en dos horas habrían terminado. Y a pesar de que todo su cuerpo le pedía salir de allí, Ana ha accedido. Al fin y al cabo, las cuentas tenían que estar cuadradas para mañana.

Y ahora, bajo esa ducha que quema su piel, Ana se mira las muñecas, en las que están empezando a surgir moratones, y se deja resbalar hasta que se queda sentada, inmóvil. Sus lágrimas se diluyen en el agua y un sollozo, súbito e incontrolable, desgarró su garganta.

Daniel Martín Hernández

## REMONTADA.

Ana Carmen Martínez Gutiérrez.

El ego amenazado les unía. Ahora sabía de lo que podían ser capaces.

Con los papeles del divorcio en la mano recordó como ella y Pablo iniciaron el ejercicio de la abogacía. Eligió especializarse en violencia machista y mercantil. Pablo era bueno en derecho fiscal y laboral. La capacidad de trabajo y agilidad mental para resolver conflictos hacían que los mayores éxitos del despacho fueran logros de Marta. A él no le importaba, los beneficios eran compartidos y él estaba cómodo dedicando la mayor parte del tiempo a relaciones con clientes.

Cuando el despacho empezó a funcionar decidieron tener hijos. Dos en el periodo de tres años.

Eran partidarios de dedicarles tiempo personal pero él descubrió que sólo compartía la teoría y que era uno más de los que pensaban que los hijos eran para las madres.

La falta de colaboración provocó las ausencias de Marta del despacho y que los rendimientos fueran menguando.

Se vieron obligados a asociarse con otros compañeros que vivían la misma situación. El bufete acabó estando formado por tres hombres y una mujer. Pablo no era competitivo y nunca le había importado la sombra que le hacía su mujer pero Mario, uno de los nuevos socios, sí lo era, también más misógino de lo que pensaba y no soportaba que Marta tuviera el liderazgo en el negocio.

Las ausencias justificadas -que no reducían su capacidad profesional- sirvieron a Mario para convencer a sus compañeros de la conveniencia de proponerle teletrabajar. La razón esgrimida era que así podría dedicar más tiempo a sus hijos y a la casa.

Marta se revolvió al conocer la noticia. El precio que tenía que pagar era muy alto: reducían sus tareas a trabajos administrativos y le privaban de asistir a los juicios y de las relaciones con los clientes que tanta satisfacción profesional le daban. Estaba indignada con sus compañeros y, principalmente, con Pablo, no tanto por

## TECHO DE ESPEJOS.

Fue hace años, cuando Marisa escuchó por televisión, el concepto “Techo de cristal”. Hablaban sobre el sueldo inferior de las mujeres, respecto a los hombres, en la misma actividad; sentía la injusticia y sabía la suerte que ella había tenido. Conocía los impedimentos para ascender laboralmente una mujer, pero no sabía que se llamaba “Techo de cristal”.

Se preguntaba ¿Por qué lo llamarían “Techo de cristal”? Sería porque es transparente, porque nadie lo ve o porque el cristal es una barrera de contención... Ella, no tuvo que luchar por la equiparación de su sueldo, ni por ascender como otras compañeras. Su lucha fue interna. ¿Habrá algún techo para el acoso? ¿Podría haber un techo en positivo? ¿Cómo podría evitarse el acoso? Quizás...si pudiéramos vernos cuando nos acosan; si pudieran verse los espectadores, silenciosos y cómplices, necesarios cuando esto pasa... ¿ocurriría?

¿Cómo se llamaría el poder verse y que nos vieran? ¿Cómo podría llamarse, ese ejercicio de empatía visual? Marisa lo supo, se llamaría el “Techo de espejos”. Sí, un cielo de espejos, como en los que casi todas nos hemos mirado alguna vez.

Cuando se rompe un espejo, no tiene arreglo; saltan esquirlas que salpican todo, otras veces, queda fracturado como una telaraña. Sentía que igualmente pasaba con el acoso cuando se sufría. El acosador rompe lo más íntimo de la persona, la seguridad. Cuando hay acoso, ese “Techo” de espejos estaría roto. Pareciera que nadie nos ve, que estamos solas, que las heridas nos cortan en silencio.

Marisa imaginaba cómo hubiera sido, haber podido verse en él, ver la inseguridad, el miedo, la humillación, la soledad y la vergüenza, mucha vergüenza; que sintió. El acoso se escuchaba, se notaba en su rostro y en la falta de libertad de su actitud. Pensaba si el haber podido verse, le hubiera dado el valor que le faltó. El acoso nunca ha sido invisible, sólo, no se le ha querido ver. En ese “Techo” los acosadores se reflejarían, serían visibles para todos y todas. ¡Si ello fuera posible!... ¿Actuarían así, sin ese encubrimiento colectivo?

Marisa hacia memoria de cómo había cambiado todo. Se veía, haciendo las prácticas antes de pasar a fija. En 1985 aprobó una oposición pública. La

convocatoria comprendía varias pruebas eliminatorias: Examen de temario; supuestos; y entrevista en Madrid con un tribunal. Si las pasabas, hacías un curso teórico y con prácticas de tres meses, también eliminatorio; las notas de los exámenes del curso, sumarían o restarían a la calificación de entrada. Recordaba cómo llegaba a la oficina, con el resto de compañeras del curso, con ilusión, con ganas. Distribuían a las alumnas con un “fijo” o “fija”, supuestamente, eran quienes nos enseñarían a trabajar. Había un compañero “graciosillo”, soltando todas las borderías posibles. Siempre imaginó que en su casa no le dejarían mascullarlas. Al llegar desde lo lejos, escuchaba: “La morenita para mí”. Marisa, sabía y temía que iba con ella.

¡Cómo le hubiera gustado poder decir! Con usted no me pongo. Mientras intentaba memorizar, datos que debía tomar, aplicaciones para trabajar, documentos a solicitar ... la letanía, a modo de hilo musical era: “Te comía esto... si me dejaran, te haría esto otro...vaya el culo que tienes” ...prefería recordar las finas.

Ahora, la joven de antes, sabe que esto que le sucedió era acoso. Hoy sabe que no lo consentiría. Hace poco más de treinta años, ella, sólo podía callar, sonreír en silencio y mirar al suelo. Al igual que el “Techo de cristal”, el acoso, existía y se aceptaba, aunque no se era consciente de ello. Marisa no sabía que le estaban acosando, sólo sabía que le tocaban las prácticas con un borde.

Rompieron su “Techo de espejos”, rompieron su seguridad, no veían como se sonrojaba, se avergonzada y sentía desesperación, sin embargo, ella sí veía, cómo alguien disfrutaba creyéndose impune.

Fue María Jesús, DEP, una compañera fija, quien puso pies en pared, la que le calló la boca al que hoy sabía era un acosador, la que le defendió. Marisa fue incapaz de pedir respeto a ese cerdo. María Jesús arregló ese espejo roto que, como una telaraña en suspensión, la enredaba sin salida. Tapó la boca a quien no era capaz de mantenerla cerrada. Si existiera El “Techo de espejos”, reflejaría el acoso laboral que existe, existió y existirá. La joven Marisa entendió que somos nosotras, las mujeres, las que no debemos consentir que se nos falte al respeto. Gracias, María Jesús, por recomponer el Techo de espejos.

M.<sup>a</sup> Carmen Pérez García.

### **MI PRIMER TRABAJO. (Maria Mars Perez)**

Este relato puede asemejarse a una historia de amor aunque aviso desde ya que no lo es. Era invierno cuando empecé a trabajar en un despacho de economistas. Mi primer día se presentaba con nervios de por medio e inquietud hacia lo desconocido. Llegué media hora antes dado que mi intención era tener el tiempo suficiente para desayunar y coger las fuerzas necesarias que requerían la ocasión.

El sol brillaba en mi rostro y el café estaba lo suficientemente caliente como para dedicar un momento a liar un cigarro como si de un ritual se tratase. Una vez terminado hice el primer sorbo sin poder evitar quemarme los labios. Cuando decidí empezar a fumar me di cuenta que no tenía mechero. Fue entonces, cuando levanté la cabeza en busca de alguien que si lo tuviera. Frente de mí, un chico con el pelo negro y un traje gris leía el diario con detenimiento mientras fruncía el ceño y, no se si consciente o inconscientemente, apretaba la mandíbula creando así un aire sensual y atractivo.

Le pregunté, obviando la presencia del encendedor en su mesa, si tenía uno. Me miró fijamente y sonrió asintiendo mientras me lo proporcionaba. Cuando me dispuse a cogerlo notó que mi mano temblaba, por lo que averiguó que, tal vez, se trataba de mi primer día laboralmente hablando. Expresó que no tenía por lo que preocuparme, que una joven tan guapa como yo a quién no iba a agradar. ¿Tenía razón? Dudé.

Entré en el edificio y la secretaria me informó que debía esperar. Le hice caso. Pasaron unos diez minutos hasta que me llamaron por mi nombre: ¿Lucía? Adelante. Seguí la voz que me reconducía hacía un despacho con paredes blancas y una mesa de madera centrada en el medio. El señor que estaba de espaldas a mí, cuando se giró, resultó ser el hombre del mechero. -El mundo es un pañuelo. Pensé.

Me examinó de arriba a abajo, sin mencionar en ningún momento el encuentro anterior. Me explicó las tareas encomendadas, y cuando terminó, me ofreció el

contrato que debía firmar. Un apretón de manos, más largo de lo habitual, dejó por pactada nuestra relación profesional.

Los meses sucesivos fueron consumiendome, poco a poco, y apagando mi llama lasciva y voluptuosa. ¿Por qué? Tal vez los cumplidos y los actos amables producían un efecto contraproducente que no llegaba a entender. Dejé de maquillarme. Vestía con prendas anchas. -Acciones que notó mi jefe e hicieron que me llamara la atención-: Debía cuidar mi imagen.

Su presencia me incomodaba. Su mirada atravesaba mi piel y me sentía desnuda. ¿Demasiado observador? Si lo fuera, ¿por qué me delegaba tanto trabajo que era incapaz de acabar? Me esperaba al final de la jornada para acompañarme al transporte público. Éramos siempre los últimos en salir. Dos cordiales besos marcaban una despedida. Un día insistió en subirme a su coche. Él me llevaba a casa. El autobús llegaba tarde. ¿Era grosero no aceptar?

Su mano en mí muslo fue, esta vez, la que señaló un adiós. ¿Querrá besarme? ¿Sería impropio? ¿Me apetece? Marcos era encantador conmigo. Debo reconocer que se apreciaba un trato distinguido hacía mí. Aunque jamás se me declaró. Nunca me habló de sus sentimientos. ¿Hacía falta?

A los seis meses, se presentó en mi casa: Había un contratiempo en la empresa y debíamos solucionar un caso en concreto. Le invité a entrar. Tomámos un café. Resolvimos el problema. Nos quedamos hablando dos horas más, sobre todo en general y nada en concreto.

Mi comportamiento cambió. Me mostré distante y fría. Él prometió subir mi salario siempre y cuando tuviera una conducta adecuada. ¿Conducta adecuada? No entendía a qué se refería.

Quise dejar el trabajo. No sé muy bien por qué. Marcos me aconsejó que no lo hiciera. Aseguró que sería difícil que me contrataran en otro sitio si llevaba tan poco en este. ¿Era verdad? Le hice caso. Al final y al cabo, él era mi jefe. ¿Había otra opción?

Venganza Postal.

En X, a 16 de enero de 2022.

He pensado mucho tiempo en escribirte, pero más tiempo lo he hecho en cómo empezar esta carta, en cómo saludarte, y es que no me apetece hacerlo, saludar es mostrar respeto, interés y entenderás que por mi parte es algo que no me puedo permitir tenerte. Te preguntarás entonces a razón de qué te escribo, y esa es la causa, es que soy yo la que escribo, no tú el que lees, soy yo la que tiene cosas que decir, sacar de mí y quiero cerrar esta puerta que me abriste cuando entraste a trabajar. Si esto te da igual, a mí que te dé, también, la carta la voy a mandar.

Recuerdo el tu primer día en el trabajo, te pusieron a mi cargo y al principio me pareciste un poco feo, pero ya decía mi madre el hombre y el oso cuanto más feo más hermoso, y mira, yo tenía un historial de chulos y prepotentes que al encontrarme contigo, tan callado y tímido... debí hacerle caso a mi abuela que siempre me decía “Dios nos libre de las aguas mansas que las rápidas pronto pasan” y anda que no tenía razón, puestos a “refranear” añadido yo un Salir de Guatemala para caer en Guatepeor. Y es que eres eso, un manso, pero manso para la calle, porque dentro eres otra cosa.

Cómo te lo montaste para que acabar contigo, eso tengo que admitirlo, pero si yo no hubiera estado tan baja de moral ya te digo que nanai de la china hubiéramos acabado juntos, si al final la culpa no la vas a tener tú, sino el chulo que me puso los cuernos con Natalia de recursos humanos. Pero qué digo, la culpa es tuya y solo tuya, o ¿es que no me empezaste a apartar de los demás criticándolos a todos? Cómo te reías de ellos, de sus cosas o de su ropa, pero al final lo conseguiste o es que ¿no me decías que tal y cual era así o asá? y yo al final los evitaba por no ser como ellos, por no ser objetivo de tus chanzas.

Aquello acabó aislándonos de los demás y comiendo tu y yo solos en la oficina, al poco no tenías tiempo para traer tapper así que como a mí no me importaba te empecé a traer yo algo. Menos mal que todo pasó antes de que empezara a lavarte la ropa, que todavía algo te voy a tener que agradecer, me dejaste antes, menos mal.

En X, a 22 de enero de 2022.

Roberto Albaida Benítez.

Venganza Postal.

Hola. Sí, ahora te saludo, y es que decía Mark Twain que discutir con un idiota es bajar a su nivel y que ahí siempre pierdes ya que te lleva años de ventaja, así que para no ser como tú, hola. Lo que quiero es decirte que tú no me vas a hacer cambiar, yo soy una persona educada, feliz y amigable y si tú no lo eres, peor para ti.

Es como eso que me llamabas cuando cortamos, un daño colateral, un daño colateral a no sé qué y por más vueltas que le di nunca supe, y es que me resultaba raro ser un daño cuando se supone que tanto me deseabas, tanto me querías y tantas cosas harías por mí pero colateral, ¿colateral a qué? que lo nuestro era para ti lo secundario de algo, y ese algo nunca supe que sería ¿subirte la autoestima? ¿usarme para vacilar entre tus amigos del gimnasio? ¿o quitar de en medio a una rival para el ascenso? Bah, qué sé yo si además era imposible meterse en tu cabeza. Hasta que vi la web, me la mandó Ana de personal, se la habían pasado los de seguridad. Eso es lo que querías, tenerme, tenerme en vídeo, una vez que lo hiciste, una vez que tuviste mi cuerpo como si fuese una muñeca, lo demás no importaba, yo no importaba, yo entera, mi ser era el daño colateral.

En X, a 31 de enero de 2022.

¿Qué me metiste? ¿fue en el café? ¿en el agua? Sé que noche fue, la que nos quedamos a cuadrar los follones de la cuenta del banco, estábamos solos y recuerdo que trajiste música y te pusiste ropa cómoda, la ibas a necesitar. Te debes estar sacando una pasta, porque el vídeo tiene visitas, un montón, y buena cámara, pareces un profesional, vaya planos, ahora por aquí ahora por acá, haces bien en pixelar tu cara y la de los dos amigotes que invitaste, o ¿les pagaste algo? Pero claro, se te escapo algo, que yo acabaría viendo el video, y que aunque no te lo creas puedo demostrar que eras tú, porque aunque pixelaste tu cara y tu voz, tu risa se reconoce, pero sobre todo ese tatuaje tribal que tanto te gustaba, ese se te pasó taparlo, y ¿sabes dónde también sale? En todas estas fotos de tu instagram, no te molestes en borrarlas, ya hice copias y supongo que sabrás donde las he mandado. No te quites la ropa cómoda, te va a hacer falta donde irás.

Roberto Albaida Benítez.

### CONTRASEÑA STOP-ACOSO

#### **COMIENZA LA PARTIDA**

**Julia** empieza a trabajar en una empresa cárnica. El empresario visualiza a Julia. Su principal objetivo es establecer una dominación en el terreno para facilitar el asedio definitivo al cuerpo de Julia.

Utiliza el teléfono (arma mejorada) para atraerla a su despacho. Implícitamente le da a entender que su futuro laboral pasa por ser sumisa, en civil relación de vasallaje.

Los compañeros y compañeras no unen sus fuerzas, tienen miedo, se limitan a cuidar sus cuatro palmos de tierra, oasis de lo real, arenas movedizas.

Julia no se rinde, pero su salud se resiente. El sueño se altera, baja su rendimiento, sube su absentismo: todas las barras en números rojos.

Deprimida, abandona el puesto.

#### **FIN DE LA PARTIDA**

**David** es gay. Trabaja en una oficina cara al público. Rendimiento óptimo. Su superior le propone para un ascenso. El buen ambiente se esfuma, irrespirable. Los compañeros y compañeras de más antigüedad se sienten ofendidos. Hacen corrillos y comentan en voz baja: «¡Qué simpático este David!, ¡qué pedazo de pelota!, ¡cómo se nota que está acostumbrado a agacharse!»

Comienza el acoso, empiezan a humillarle. Todas las mañanas encuentra sobre su mesa una carta obscena y ofensiva acompañada del dibujo de un palomo cojo.

Ya no le invitan a participar en actividades lúdicas, muy al contrario continúan uniendo sus fuerzas para arremeter contra la infraestructura (persona) de David.

Él no logra focalizar el ataque. Las relaciones con los amigos y con su pareja se deterioran, se desmontan. Lo sólido se desvanece en el... Aire.

Herido y desconsolado, abandona.

#### **FIN DE LA PARTIDA**

**Patricia** entra en el juego trabajando para un Complejo asistencial. El Gerente se fija todos los días en la ropa, en el cuerpo de Patricia.

Sus comentarios no son del agrado de la jugadora, que responde de manera veloz: «Si no pedí tu opinión sobre mi aspecto, es porque no la necesito. Mi cuerpo NO quiere tu opinión».

El Gerente la excluye, deja de pasarle trabajo, le oculta datos imprescindibles para el desempeño de sus tareas.

Patricia conoce el Plan de Igualdad de su empresa y el Protocolo de Acoso. A través de su sindicato denuncia al Gerente ante el Director de Gestión. De acuerdo con el Presidente del Comité de empresa se le asigna un asesor confidencial.

Aparecen más mujeres acosadas. El Gerente es sancionado, despedido.

## **FIN DE LA PARTIDA**

Sé que esto no es un juego, es real, pero mira tus manos. Te han hecho creer que tienes cadenas invisibles. No es cierto.

Infórmate, conéctate, organízate, busca ayuda psicológica si la necesitas. Muchas barreras pueden romperse. Muchas barreras ni siquiera existen.

No creas en el destino, toma tú el control, cuentas con mecanismos para ello. No pienses si eres fuerte. Sabes que lo eres. No estás sola, no estás solo.

Comienza el juego, pero ahora conoces las reglas.

## **TÚ GANAS**

## **REINICIAR**

Julia empieza a trabajar en una empresa cárnica...

### Cuchillo de Palo

Ana tenía una mochila llena de las experiencias acumuladas en su vida laboral. Ese material, a pesar de su consistencia, para ella era ligero. Lo manejaba con destreza, sabía sacarle el jugo. Le gustaba compartir su saber acumulado y, a la vez, empapaba su esponja en todo lo que le aportaba cada situación.

Siempre trabajó en temas de atención a la diversidad. Su objetivo era derribar barreras, que impidieran al alumnado el desarrollo de sus capacidades.

En el Departamento de Orientación atendían a un gran número de alumnado inmigrante. El centro estaba en una zona deprimida. En el barrio residía una extensa colonia de gitanos, procedente de chabolas derruidas hacía tiempo.

Sus amigos le comentaban por qué razón no concursaba y se trasladaba a un centro menos conflictivo. Les miraba esperando una explicación. Les hacía ver que, el problema lo ubicaban en espacios que desconocían, que esta población está definida por unos estereotipos, algunos muy bien identificados, no todos. Añadía que la posibilidad de trabajar con este alumnado, en la mayoría de los caos, era más gratificante que en entornos definidos como normales.

Solía terminar su discurso con unas risas y confesando:

—Llevo tanto tiempo en este negociado que, seguramente, si me traslado a un centro de los bien valorados, me descubro llena de lagunas. Aquí sé actuar.

—Compruébalo. Tu centro genera estrés, solo con decir el nombre.

—¿Me veis tan mal o aplicáis los estereotipos al uso?

—Son muchas cosas, ¿no tienes miedo a que te atraquen?

—Pero cómo creéis que me van a atracar, no son tontos, saben que los conozco. Trabajo con ellos para que se busquen la vida de otra forma.

De pronto, desde la Administración Educativa, le ofrecieron un trabajo para colaborar en la coordinación de programas de Atención a la Diversidad.

Eso sí estaba en su línea y lo decidió rápido. Se incorporó a una asesoría técnica, era como seguir en el mismo fango, pero ahora fuera de la arena.

La experiencia fue extraordinaria, la persona con la que trabajaba, era el Jefe del Servicio, se conocían desde hacía mucho tiempo. Sus aportaciones se reflejaron en los programas que se diseñaban para el desarrollo normativo de la ley educativa, que acababa de aprobarse.

Nada más inestable que las leyes educativas. Hubo un adelanto de elecciones y un cambio de partido en el gobierno. Su anterior jefe era un cargo político y dejó el puesto. Le recomendó quedarse, aunque el nuevo equipo hablara un idioma diferente, ella iba a tener hueco, porque el saber acumulado que podía aportar seguro que lo valorarían.

Las dudas la despertaban por la noche. En sus horas de desvelo, pasaban por su mente los nombres de ese alumnado marginal al que no había dejado de hacer seguimiento en la distancia. Se emocionaba con el recuerdo de su primera alumna gitana que inició Derecho y que continuaba con dificultades, pero dispuesta a no abandonar. Recordaba a los que habían encontrado un trabajo de electricistas, de camareros, cocineros, peluqueras, tras los programas de formación básica.

Los cambios le llegaron pronto, la mesa en el despacho anexo al Jefe de Servicio tuvo otro usuario. De momento, el traslado fue a otro despacho compartido con personas que ya conocía. Percibía en las miradas de aquel equipo un seguimiento de cualquier movimiento que hiciera, desde ir a recoger un trabajo a la impresora o hacer una fotocopia. Cada vez, eran menos necesarios los desplazamientos porque no le asignaban mucha tarea. En unos meses aquella mesa también fue adjudicada a otra persona.

La nueva ubicación no la compartía con nadie; era un cuchitril con una mesa y un ordenador ancestral, que la única justificación era, que para lo que hacía ya era suficiente.

Dejaron de repartirle tarea. No la convocaban a ninguna reunión. No existía. Su ánimo iba en picado. Adelgazó. Era la confirmación del sufrimiento al que se vio sometida. La presión la estaba ahogando. ¿Qué hacía allí? Sufrir, mientras veía cómo se usaba un cuchillo de palo en casa del herrero.

Perla Díez Arcos

## ME PONGO EN TU FALDA

Fuenlabrada a 22 de octubre del 2020

Estimado Sr Cobos,

Por medio de la presente, le manifiesto mi aceptación de las normas de la empresa. Lamento no haber estado al tanto de ellas y le expongo las razones que, durante años, han hecho que hoy las acepte.

Todo comenzó hace unos treinta años cuando Fede, un niño de mi clase, se tomaba la libertad de levantar las faldas a las niñas para ver el color de bragas que usaban. Ese día pillé subiendo las faldas de mi hermana mientras, ella, avergonzada huía al baño. Me expulsaron una semana por partirle el labio.

Años más tarde, las chicas de mi barrio, mi hermana y todas las jóvenes de mi edad comenzaron a usar minifaldas. No podré olvidar lo guapa que se veía Isabel con aquella falda corta y blanca que se ponía; esas botas marrones y esos ojos verdes por los que perdía la cabeza. Puede que al principio me fijase en su falda, pero me enamoró su forma de hacerme reír, de bailar hasta caer fundidos en la pista, de charlar hasta el amanecer...y me olvidé de su falda, para recordar siempre sus ojos.

Quedamos los cuatro: Álvaro con Elena y yo con Isabel, en los reservados de los recreativos. Experimentábamos con el alcohol, los cigarrillos y saboreábamos los primeros besos. En un momento, Elena se levantó para salir corriendo de allí.

—¡Es una calentona! —gritó Álvaro. —Se pone esa minifalda para calentarme, a mí o a cualquier tío. Le gusta que la miren, provocar y, a la hora de la verdad, es una estrecha. Se ha puesto así solo porque le he metido mano. ¿Qué esperaba? Con esa falda va diciendo lo que es...Ojalá la violen de camino a casa, porque con esa falda es lo que va buscando. Elena no es más que una p...

No le dejé terminar la frase. Su boca se llenó con la sangre que manaba de su nariz.

La tercera falda me costó perder mi primer empleo. Pasaba las noches poniendo copas en una discoteca mientras la música sonaba tan alta que apenas podía hablar con mi compañera de barra.

— Ponte una falda más corta y enseña cacha —decía el encargado del local mientras subía un poco más el ceñido vestido de María, dejando sus muslos, desnudos

casi por completo. —Muchos hombres vienen aquí a ver mujeres guapas y sexis. De ti depende tener más ventas al final de la noche; de ti y de la ropa que uses.

Aguanté mi puño en ese momento, pero no pude evitar estamparlo en la cara de un cliente que hacía una foto a María mientras se agachaba a recoger un mechero que se le había caído. Dos hombres rieron al ver como la estrecha y corta falda de mi compañera dejaba ver su ropa interior. El encargado pidió disculpas al cliente herido. También, obligó a María a disculparse con él si quería conservar el trabajo. A mí me sacaron los guardaespaldas a empujones, dormí en comisaría y no pude volver a entrar en el local.

Con los años aprendí a controlar mi puño. Me convertí en un adulto moderado. No volví a pegar, aunque todos los días me encuentro situaciones por las que mi yo adolescente hubiera golpeado. No, no voy a ponerme a la altura de semejantes engendros, hay muchas otras formas de luchar.

Hace una semana, el día de la tormenta, Cristina llegó a la oficina con unos vaqueros y unas botas de agua. Yo, como muchos otros días, también fui a trabajar en vaqueros.

—Señorita, venga a mi despacho inmediatamente. —le dijo nada más verla aparecer por la puerta. Al momento, Cristina salió de la agencia para regresar una hora más tarde, con vestido y tacones. Usted miró desde la ventana de su oficina asintiendo satisfecho.

Hasta ese momento, no me había percatado de que todas las mujeres de la corporación iban en falda y tacones.

—Son las normas de la empresa, para dar una buena imagen al cliente —me dijo Cristina cuando le pregunté porqué venían siempre en falda al trabajo.

Con esta carta quiero disculparme por no haber acatado las normas de la empresa durante este año de trabajo, pero no volverá a ocurrir. El cliente es lo primero y, si hay que causar buena imagen, no seré yo quien no respete esa norma. A partir de mañana, vendré a trabajar con falda y tacones.

Atentamente

Jesús Guzmán.

Estar, tener, Ser

Aquella mañana le preguntó al espejo: ¿quién eres? Éste le devolvía una imagen amable y lozana propia de sus treinta años. Se dio por satisfecha. Transcurrió el día como cualquier otro, sin embargo, aquella pregunta hacía que cada gesto, cada paso, cada palabra pronunciada fuera escudriñada bajo el prisma del maldito interrogante.

A la mañana siguiente, se enfrentó al espejo anunciándole: “soy la mujer de Felipe, la hermana de Jaime, la hija de Antonio, la madre de Alma, Carmen y Esperanza. Vivo en una bonita casa. No me sobra el dinero, pero tengo todo lo que necesito. Mi vida es plena y satisfactoria”. La imagen, que el espejo le devolvía, parecía decirle: “Bueno, si tú lo dices”. Ese día no la abandonó el rostro escéptico del espejo. ¡Estúpido espejo!, se decía, pero no podía quitarse de la cabeza aquel rostro. La pregunta no la abandonó durante todo el día. ¿Quién eres?, ¿quién eres?, ¿quién eres?...

Aquella noche le costó conciliar el sueño, estaba deseando que amaneciera para conversar con ese espejo que parecía conocerla mejor que ella misma. “Dímelo tú”, le dijo, en cuanto estuvo delante de él. La imagen que reflejaba, tan conocida al tiempo que extraña en ese momento, le dijo: “quizás estés errando la pregunta”, pregúntate: ¿quién eras... “antes”?

En su pequeño receso de las tareas cotidianas, delante del café que tanto disfrutaba cada mañana, visualizó a aquella joven de clase trabajadora, a la que le gustaba el deporte, ir a la biblioteca, juntarse con la cuadrilla para discutir sobre lo humano y lo divino. Vio a esa muchacha cuya máxima aspiración era estudiar periodismo y viajar por el mundo. “¿Cómo he podido llegar hasta aquí?”, le preguntó al espejo al día siguiente. “¿Ha sido el amor? ¿Es ese el precio que hay que pagar?” Estaba convencida de que no, en el amor te hace feliz, te hace crecer, te sostiene. La imagen del espejo adoptó una expresión dulce y ella lo comprendió todo.

Al día siguiente los medios comentaban un extraño suceso: “Una mujer de unos 30 años ha desaparecido de su domicilio en extrañas circunstancias. Era una familia de lo más normal, no había antecedentes de malos tratos. El secuestro, el robo, o cualquier otro suceso violento, está descartado. Lo único que faltaba en el domicilio era un viejo espejo del baño con el marco violeta.

LUCIFER

Cada noche antes de dormir deseo que no llegue el próximo día, que no suene el despertador, que no salga el sol.

Al final acaba saliendo el sol, pero para mí se abren las puertas del infierno, MI INFIERNO, en el que no sé cómo entré pero tampoco sé cómo salir.

En su gran trono, Lucifer, una persona fría, manipuladora y calculadora, que tiene a todos a su merced, me espera para darme mi castigo diario, castigo al que no tengo más opción que sucumbir porque sé que me lo merezco. Mi voz interior me dice que luche y lo intento, pero él me dice que soy débil, que no voy a ser capaz de abandonar el infierno, que soy su posesión.

Me siento deshonesto conmigo porque no me gustan las cosas que me obliga a hacer, según él, son para mí bien y yo le obedezco porque así me demuestra que me tiene aprecio y que en el fondo quiere lo bueno para mí.

Cuando en el infierno las cosas no funcionan como él quiere dice que es por mi culpa porque soy la que todo lo hace mal y yo le hago quedar en evidencia, eso conlleva un castigo doloroso que tengo que cumplir, ya que, ha sido mi culpa y tengo que asumir la responsabilidad. En esos momentos me gusta estar sola necesito recomponerme no queda nada de mí ni siquiera mi sonrisa, pero siempre me encuentra y me obliga a practicar delante del espejo esa sonrisa, sonrisa que solo quiere para él.

Me aísla y yo me dejo, tengo miedo, miedo de no poder salir de este infierno que siempre me promete que va a cambiar. Ese infierno llamado oficina gobernado por, Lucifer, mi jefe.

Lo he intentado contar pero no puedo, sé que no me van a creer, yo solo soy una simple secretaria mientras él es un alto cargo con una familia ejemplar e influyente.

Lucharé por salir pero me da más miedo el cielo que el infierno.

### **Alicia en el país de las reuniones**

Sumida en el más triste de los escenarios posibles, se imaginaba volando hacia un horizonte anaranjado donde el sol se rendía en los brazos de Morfeo llegando con fulgor a su descanso diario. Era evidente que necesitaba un poco de paz mental. Su vida se había convertido en un absoluto caos en el que no sabía por dónde empezar a poner orden. Así, mientras más caos, más agobio y mientras más agobio, menos fuerza para empezar a arreglar aquel caos.

Pasaba las mañanas entre reuniones previas a mesas de negociación y las mismas mesas generales con la sensación de que aquel Equipo de Gobierno había dejado para el final de la legislatura todo lo que deberían haber negociado poco a poco. Es como si te llevas cinco días sin comer y el sexto te das un atracón con todo lo que no te has comido los cinco anteriores: la digestión se te vuelve extremadamente pesada.

Alicia había decidido entrar en el sindicato a instancias de una compañera que le dijo que la necesitaban. Nunca se lo había llegado a plantear, pero le apetecía cambiar de aires en aquella anquilosada institución en el que ir a trabajar parecía el día de la marmota, pero en años: el año de la marmota una y otra vez. En cuanto aprobó su oposición, se afilió al sindicato mayoritario de su Ayuntamiento: Comisiones Obreras y allí es donde la compañera le dijo que la necesitaban. Así que Alicia se había zambullido en un maravilloso mundo en el que para el Ayuntamiento tú tienes la culpa de todo y para tus compañeras y compañeros te llevas todo el día paseando sin hacer nada. "Gajes del oficio"-pensaba.

Aquella mañana, Alicia había dejado a sus retoños en el colegio, no sin antes la batalla campal de levantarles, desayunos, ropa y arrear con lo que siempre les metía prisa: "*chiquillos, que llego tarde al trabajo*". Así que llegó a la sede del sindicato con su café en termo, unas galletas de chocolate, cinco o seis carpetas, el bolso y algunos bolígrafos que bailaban a punto de caer al vacío con el contoneo de las carpetas. Se recompuso levemente y se decidió a entrar a una reunión sobre convenio colectivo que tenían con otros sindicatos.

Justo antes de entrar se paró porque uno de los bolígrafos decidió que quería probar con caída libre antes que ser usado por Alicia, que tomaba nota de todo en

las reuniones, y se agachó a por él. Ante su sorpresa, escuchó una conversación cuyo tono le resultó bastante desagradable.

- Mira, si quieres mejorar tus condiciones yo te he dicho lo que hay. Ya sabes que el encargado y yo somos muy buenos amigos y podría echarte una mano si tú me la echas a mí ya sabes dónde.

Alicia se quedó clavada. La cara de la compañera estaba entre consternación, agobio, tristeza y miedo. Una serie de impropiedades pasaron por su cabeza, pero decidió respirar hondo antes de intervenir.

- De ti depende, por un ratito que me haces feliz a mí, te hago yo feliz a ti muchos días con otras condiciones distintas...
- No creo que estas sean las formas, no me apetece, no quiero, no...
- Vale, vale, tú misma. Si no quieres, ya sabes lo que hay y atente a las consecuencias.

Ese fue el momento de intervenir. Alicia soltó las carpetas en el suelo y se encaminó hacia él para decirle lo siguiente:

- Eso que estás haciendo con la compañera es coacción y puede ser constitutivo de acoso sexual, que es una forma de violencia hacia las mujeres. Quien va a atenerse a las consecuencias eres tú, ya que lo voy a poner en conocimiento de recursos humanos ahora mismo. Tratar de coaccionar a una compañera para obtener a cambio sexo, es lo más rastrero que se puede llegar a hacer.

Alicia cogió a la compañera de la mano y la llevó hacia otro lugar más tranquilo. Estaba asustada, pero se encontraba tranquila ante la seguridad con la que había actuado Alicia. En ese momento rompió a llorar y le comentó que no era a la única a la que se lo había propuesto, que a otras compañeras también les había pasado.

Ni corta ni perezosa, Alicia se despidió con un abrazo de la compañera y accedió a la sala donde estaban reunidos sus compañeros (varones) y esputó lo siguiente:

- Punto uno del orden del día: redacción de un protocolo de acoso por razón de sexo y sexual en este Ayuntamiento y no tengo más nada que añadir.

**Dolores Martín Fernández**

### **Diaporama de un Ruedo Sexual.**

Recién Licenciada en Comunicaciones, Agur comenzó a desempeñar trabajos temporeros en la vendimia.

Quería olvidar un tanto el trasiego universitario , el campus, y visitar otros campos. Esta opción le pareció alentadora y conseguiría pronto dinero para comprarse la moto que le permitiría acercarse al centro de la villa y disfrutar de la playa y sus gratificantes paseos con amigas y los baños de tarde con Mario.

La oportunidad y el acceso a las labores de recolección de uva y el mundo vitivinícola le resultaron relativamente sencillos, al fin y al cabo, ella era universitaria, de orígenes extremeño y Vasco, una mujer *brava*.

La realidad cambió ostensiblemente en el terreno de recogida de uva en sí, en las propias viñas de uva blanca, así el principio **manos quietas** o **manos atrás** era constantemente violentado, los comentarios, las risas, el humor social sobre sexo si o no en qué condiciones, sobre si eres ancha o estrecha, sin venir a cuento de nada, WhatsApps intimidatorios, peticiones explícitas de relaciones sexuales sin haber coqueteo mutuo previo, tocamientos. Demasiado **ruido**, los oídos zumbaban, la cabeza: a punto de explotar.

Recordaba las miserias de la Facultad . Cuando aquel profesor doctor había manoseado los pechos de su alumna en pleno examen oral, con la excusa de espantar un insecto de la pechera de la examinanda.

Catado el hostil ambiente cosechero, y llegado el momento se puso en contacto inmediato con los Sindicatos , quienes aplicaron el protocolo que permitió reconducir la situación, unas buenas medidas promovieron una rápida y eficaz solución.

Ella , no dejaba de pensar en la suerte que corrían chavalas y otras mujeres más veteranas para ganarse el pan. Y que no denunciaban. Era como prostituirse. Tanto habíamos evolucionado y acontecían sucesos deplorables en el entorno laboral.

Le salvaba, de forma momentánea, el hecho de pensar que era por un tiempo, el trabajo. Pero, y las otras?

Resolvió aplicar un Borrado Blanco en Diaporama al Ruedo Sexual y reponer su dañada estima que aplicaba como herramienta de edición de power point para su experiencia de vida ( al fin tenían funcional utilidad las tecnologías) y colaborar , de forma casi simultánea con la Asociación de Mujeres Vecinales y de Acompañamiento a Víctimas de Violencia de Género.

Por suerte, la historia se podría escribir de otra manera, con otros finales.Sin Miedo.Valiente, al fin, como ella siempre se había visto y sentido en su fuero interno, dándole la importancia necesaria al hecho de que tan valiosas eran la producción y recolección de frutos como el trato en respeto e igualdad en el trabajo, sin sobrecargas añadidas, saboteadoras de la salud de muchas compañeras, demasiadas. Denunciando y previniendo, con dos elementos imprescindibles en el desempeño y la Lucha contra la violencia de género: Prevención y Denuncia. Esa era ahora su asignatura pendiente, infinita.

Y concluyó que el vino, lo sublime de la economía circular y los viñedos, no debía estar teñido de más injusticias, nunca, nunca, firme en sus postulados , se dijo: “ni una mujer agraviada más! “. Y actuó Agur en consecuencia.

Autora: Ana Maria Barreiro Barros 52491387

### **37.-ALEJANDRO GIL GALLARDO-VIOLETA** **VIOLETA**

El despertador sonó a las 7:45 H, como todos los días desde hacía un mes. Violeta se despertó de muy buen ánimo. Lo hacía desde que implantaron el teletrabajo en su administración; era funcionaria. “Maná caído del cielo”, pensó, mientras insertaba una cápsula en su cafetera penúltima generación. “Bendito invento”; así lo llamaba. No a la cafetera, sino al teletrabajo.

Entiéndase. No es que Violeta fuese la persona a quién más beneficiaba el teletrabajo. No tenía hijos y desde hacía un año y medio, tampoco pareja. Así que conciliar... conciliaba lo justo. A ella plin; iba sobrada de tiempo.

De hecho, a Violeta le gusta ir a trabajar. Esa rutina le sentaba bien. Acicalarse, coger el autobús, leer un poco en el trayecto de ida y de vuelta, charlar con los compañeros; las risas, las quejas de rigor por esto o aquello, poner a parir al cretino de turno... incluso las escaleras que se obligaba a subir hasta el sexto piso, para no coger el ascensor y así conservar su buen estado de forma. Y de línea. Era una chica coqueta, guapa y estaba encantada de serlo.

Pero setecientos días atrás empezó la pesadilla.

Los tenía contados. Uno a uno. Como gotas de agua percutiendo en su cerebro. Hacía setecientos días que la náusea más primitiva se apoderó de ella. De su bajo vientre. Le cambió hasta el olfato. Todo le olía mal. Daba igual que abriese las ventanas de par en par. El hedor era insoportable. Como a humedad podrida. O eso sentía ella... “Bendito invento. Bendito teletrabajo”, se obligó a repetirse a sí misma, temblorosa, antes de que los demonios amenazaran con sepultarla de nuevo.

Abstraída como estaba, sonó de repente el “clink” de su correo electrónico, casi agresivo, que la trajo de vuelta a la seguridad de su piso. Comprobó el correo:

“Outlook. Correo corporativo. Bandeja de entrada”. “Poner a firma Decreto de concesión 32/549/20”.

Despachó el encargo con rapidez. Era una trabajadora resolutiva, curtida en muchos barros.

Casi inmediatamente, otro “clink”:

“Outlook. Correo Corporativo. Bandeja de entrada”. “Enviar memorándum urgente

**37.-ALEJANDRO GIL GALLARDO-VIOLETA**  
**VIOLETA**

por Sede Electrónica al Ayto. Expte 0808/75732". "Perfecto", pensó, Despachado en un periquete. Chupado.

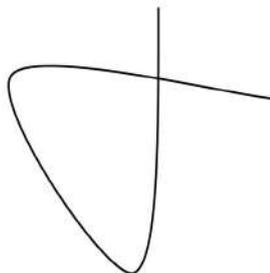
Un tercer "clink" sonó, casi acompasando al anterior, como en una orquesta de instrumentos ofimáticos:

"Outlook. Correo corporativo. Bandeja de entrada": "Hola guapa. ¿Qué llevas puesto?"

Un último clink sonó. Pero esta vez en la cabeza de Violeta.

El hedor había vuelto.

**Fdo: ALEJANDRO GIL GALLARDO**

A handwritten signature in black ink, consisting of a large, stylized loop on the left and a vertical line extending upwards and then curving to the right, ending in a horizontal stroke.

### 38.- VIRGINIA GIL GALLARDO - SALAS DE ESPERA

#### SALAS DE ESPERA

No le gustó el olor a tabaco que invadía la habitación. Laura echó un vistazo rápido al despacho, varios títulos decoraban las paredes blancas. Sobre la mesa observó una foto de dos niños jugando en la playa, un cenicero repleto de colillas, y una montaña de papeles entre los que distinguió su currículum sin foto.

—Vaya, por fin le ponemos cara señorita García, y una muy bonita, por cierto— dijo Rodríguez sonriente y extendiéndole la mano—. He leído su currículum y la verdad es que me ha dejado impresionado; primera de su promoción, doctorada *cum laude*, máster en gestión de datos, premio internacional de programación, varias ponencias en la universidad de Harvard...

—Así es— dijo con orgullo Laura—. Tuve el privilegio de trabajar como profesora adjunta en su departamento de informática.

—¿Le importa?— preguntó Rodríguez mientras señalaba un paquete de Malboro que había sacado de uno de los cajones de la mesa.

—No— dijo Laura. No se atrevió a decir lo contrario.

—¿Está usted casada?

—Sí, estoy casada —la pregunta la incomodó—. Como habrá observado, tengo una amplia experiencia en diseño de algoritmos y circuitos integrados.

—Vaya, es una pena— respondió Rodríguez mientras le guiñaba un ojo.

—También soy experta en lenguaje SQL y JAVA— continuó nerviosa.

—¿Tienes hijos?. Espero que no te importe que te tutee.

—Sí, un hijo— contestó resignada. Sabía que no podían hacerle ese tipo de preguntas, pero se sentía indefensa, impotente ante la posibilidad de perder la oportunidad por la que tanto había luchado—. Discúlpeme, pero ¿qué importancia puede tener mi vida personal en si soy o no apta para el puesto?

—No se ponga así mujer— Rodríguez se levantó y se puso a su lado—. Aquí somos una familia, nos gusta conocer a nuestros empleados. Conocerlos de verdad, ya me entiende— le dijo mientras ponía insinuante la mano en su hombro

—No, no le entiendo— Respondió Laura enfadada y apartándose bruscamente.

—Me temo que con esa actitud jamás conseguirá nada señorita— Rodríguez había cambiado radicalmente su tono de voz, ya no sonaba tan amigable como hacía un instante. Buscó un hueco entre las montañas de colillas para apagar el cigarro y dio por finalizada la entrevista.

Al cerrar la puerta, Laura sintió como un nudo en la garganta no la dejaba respirar. Necesitaba llorar, pero aguantó estoica hasta salir del edificio. Una mezcla de rabia y tristeza se apoderaron de ella. Y lo peor de todo es que no era la primera vez que se enfrentaba a una situación así.

Dio un largo paseo, respiró hondo hasta lograr calmarse y llamó a Miguel.

—¿Cuándo empiezas?— contestó este con entusiasmo.

—No ha ido como esperaba.

—¿En serio? ¡No hay nadie mejor que tú para ese puesto!

—Pues parece que ellos no piensan lo mismo. ¿Dónde estáis?

—Acaba de terminar el partido y vamos un rato al parque, ¿te esperamos?

—Sí, voy para allá y te cuento bien.

—No cuelgues, Ángel quiere decirte algo.

—¡Hola mamá!— dijo el niño casi gritando.

—Hola cariño, ¿qué tal el partido?

—¡Bien. Hemos ganado tres a uno!

—¡Vaya, enhorabuena!

—¿Sabes qué mamá?, Manuel y Roberto no querían dejar jugar a Martina por ser una chica.

—Pues vaya tontería. ¿Y tú qué has hecho?

—Les he dicho que si ella no jugaba, yo tampoco. Al final hemos jugado todos y Martina ha metido dos goles. ¡Es súper buena mamá!

—Qué orgullosa estoy de ti hijo—. Laura apenas podía contener la emoción — Oye Ángel, dile a papá que no me espere. Nos vemos en casa para comer.

—Vale mamá. Te quiero.

Laura arrancó el coche, durante el trayecto pensó en todas las veces en que la habían discriminado por ser mujer, por ser madre. En todas las veces en que la habían menospreciado desde que era una niña, y en las que había sentido miedo, como hoy en ese despacho. —Esta vez no—, se dijo a sí misma. Por fin había llegado a su destino y no iba a dejar que nada ni nadie la frenara. Abrió la puerta decidida y más segura que nunca.

—Hola, me llamo Laura García y vengo a poner una denuncia.

Virginia Gil Gallardo

DAÑOS DIFERIDOS

Luis Ignacio San Martín Arzola

Tiene algo en la mano es el móvil en la otra el café ya viene se sentará en su cubículo y empezará el ritual qué tal estás no te lo puedo decir así tal cual a la cara no me atrevo te lo tengo que decir por aquí son años son tres años en que te miro en que me imagino dentro tuyo en que no soy capaz de llevarlo qué tienes ahí entre las piernas y me abalanzo al móvil a las diez a las once a las cuatro en que no puedo resistirlo pero no puedo acercarme a ti qué tienes ahí para mí qué me vas a dar o qué, y lo miro fijo sin intención de nada como siempre y es que no quiero él después malinterpreta cualquiera de mis gestos es que no puedo hacer nada sin que saque una conclusión equívoca errática y siga con sus mensajitos luego de estos mensajes tan pancho tan jodidamente abierto y sonriente y por supuesto sin el móvil para no distraerse entra en la oficina del jefe actúa como si fuera alguien común alguien que solo quiere llevar a publicación a los autores que representa e intenta competir conmigo a ver a cuáles mujeres llevo yo porque dice que yo siempre quiero darle voz a las chicas que estoy condicionada que qué es lo que merecen cuoteo qué mierda si estás en un escalón más bajo qué vas a hacer tú niña es que así más bien así es según su estupidez y habla y persuade que este y este otro debieran estar en el catálogo editorial más bien pareciera que con sus dientes podridos de fumador social de almuerzo de segunda categoría dijera que no es capaz de hacer ningún daño y yo solo miro y le sonrío al dolor al asco al desagrado a la repelencia matices olores negros en mi cabeza que me produce su sola estela de olor tras de sí porque el daño puede no ser solo físico puede estar pegarse en mí ¿si se queda para siempre? si sigue así si continúa haciendo lo que hace, vuelvo al asiento voy a entretenerme un poco mientras el jefe toma la decisión de meter a este tío nórdico que quiere publicar en español voy a pasarlo bien un poco pensarlo ni de coña cómo improviso tan bien y la miro y a ver si es ve el gesto de mis dedos y le saco un poco de celos puede ser que eso la encienda así entro a la app de citas rápidas deslizo derecha derecha izquierda a ninguna derecha le muestro la pantalla a la distancia todas me gustan con todas lo haría y con un solo movimiento a todas las podría con la totalidad de ellas podría entonces le mando mensajitos le digo que su escote hoy da mucho imaginar quizás algún día me haga caso que sus labios están como para chupar cualquier cosa succionarme a mí y

entonces da vuelta la cabeza se hace la difícil como débil siempre compleja, podría decirlo ahora levantarme hecha una furia tengo los testimonios no necesito testigos decirle a los demás está pasando lo estáis viendo pero lo perdería todo y si lo pierdo no podría ni con el alquiler ni con el súper ni siquiera con la gran porción de existencia que es mi paz me ha costado tanto conseguirla luego actúo pero un poco con miedo volteo el rostro para no mirarlo el único verbo ignorar que puede con mi cuerpo y para el idiota no significa nada con su rictus socarrón maldito siento que me sigue mirando no son aptos escribe de nuevo parece que los demás no se dan cuenta no están entonces para percatarse cual el dolor algo que pasa solo dentro mío y mis colegas ni sienten nada nadie llora el dolor ajeno no los culpo de cómo me siento me sentiré mañana al despertar tomar un café coger metro tener que volver aquí y empezar de nuevo, qué rica te ves qué forma de caminar para ir al baño a qué irás lo que te produce qué es eso que tocas dentro qué exquisita forma de salir de allí ser indiferente puede que hoy viernes me atreva o te aborde o me acerque a ti con el programita abierto en la pantalla inadvertido para que sufras y te acerques a mí ver que me perdiste, ¿qué hace? me noto extraña si el asco tiene graduaciones yo estoy hacia el final de la amplia gama ¿qué hace? asco más asco igual allá adelante del asco reasco requeteasco como si me estuviera tocando un monstruo desde dentro hacia afuera mientras los peces de mi mar saltan por sobre el agua ¿qué es esto? va donde Ana a dejar los informes o viene hacia aquí ¿qué hace? se acerca a paso rápido me deja en la mesa el móvil con la pantalla un montón de mensajes de chicas qué importa no entiendo el fin mi corazón salta si se interpone peor para él hago lo propio y lo dejo con mi app de escritura con la lista de sandeces que me ha escrito todo esto tiempo y sin hablar deslizo abajo abajo interminable abajo peor para para él que lo mire que lo observe tome conciencia quizás del juego desagradable que juega solo en miseria me levanto, la cojo del hombro dónde vas quédate aquí, me deslizo, presiono el hombro con fuerza quédate aquí dónde vas, me duele muy dentro escapo salgo corriendo abro el despacho sin tocar le digo que qué pasa con la publicación del nórdico y de la chica joven de novela romántica de ayer porque me parece que ambos son buenos pero ella ella lo supera me digo si me interpongo ahora peor para todos, entra intempestivo pero no se da cuenta de que me llevé los dos móviles, jefe qué pasa con Gårdknaus que no lo convenzan de otra cosa, de un movimiento dejo ambos aparatos sobre la mesa los apunto con una mano con la otra a él sus daños serán diferidos pero inmediatos también

Pese a su juventud, María camina encorvada. La ropa, holgada y triste, disimula las suaves ondulaciones de su cuerpo. Hace tiempo que dejó de pintarse, también de sonreír. Cualquiera diría que intenta volverse invisible.

En nada se parece a la joven que llegó hace apenas un año, tan largo como una década.

Con su alegría contagiosa y sus ganas de aprender, pronto se hizo un hueco en la empresa. Cada mañana se levantaba, ilusionada y llena de energía, para acudir a su puesto de trabajo. La fortuna parecía haberla tocado: no es nada fácil encontrar un empleo digno en estos tiempos precarios.

A menudo, Julián, su jefe se deshacía en elogios, y ella se sentía tan valorada que podía flotar. Tan solo algunas miradas esquivas de sus compañeras la turbaban. Quizás debió darse cuenta entonces, pero nadie está preparado cuando llega la tormenta.

Todo cambió durante el mes de agosto, mientras cubría las vacaciones del resto del personal. Sola a merced del vendaval. Algunos días Julián se dejaba caer por allí. Se acercaba a su cuello para hablar, le posaba la mano en la cintura, parecía comérsela con los ojos. Ante su insistencia para salir a cenar, María lo rechazó con amabilidad.

A partir de entonces, todo cambió: él, antes tan cortés, comenzó a cuestionar su trabajo, le adjudicó las peores tareas, la puso en evidencia en público.

Su correo se llenó de mensajes intimidatorios, insultantes, repulsivos. Y cuando descolgaba el teléfono podía escuchar su respiración agitada al otro lado.

Un día no pudo aguantar y, en mitad de una reunión, estalló. Él se rio.

—Mira que eres susceptible, solo era una broma —la interrumpió—. ¿Estás con la regla o qué?

Huyendo del coro de carcajadas corrió hacia el baño y se encerró. Ese cubículo se convirtió en el refugio minúsculo al que acudir cuando las lágrimas conseguían escapar. Hasta el día en que una compañera se acercó y golpeó la puerta con los nudillos. María salió y la abrazó, como quien se aferra a un bote salvavidas.

—Muchas hemos pasado por ahí —le explicó—. Siempre es igual: cuando llega una chica nueva, se encapricha de ella y no hay quien lo pare. Una le denunció, pero no consiguió nada: la amenazaron, o la compraron, no sé, para que retirara la denuncia. Además, aunque ganaras, le saldría muy barato despedirte. Si quieres

## INVISIBLE

conservar el empleo, lo mejor es que te vuelvas invisible. Y que reces para que pronto llegue otra.

Hoy se ha abierto la puerta principal y ha entrado, escoltada por el jefe, una chica nueva, tan parecida a ella misma hace un año, que María siente un escalofrío.

Quiere correr hacia ella, avisarla de que la amabilidad de Julián es una trampa, sacarla a rastras de allí antes de que sea demasiado tarde.

Pero justo antes de que sus piernas obedezcan las tímidas órdenes de su cerebro, algo la detiene un instante. Resulta demasiado tentador dejar que los acontecimientos sigan su curso atroz; esperar que Julián se encapriche de esa pobre chica; confiar en que que, por fin, se olvide de ella y la deje en paz.

Durante unos segundos, María duda. Después, da un paso al frente.

Rosalía Guerrero Jordán

## 41.-EMESE ELISA SOBRINO MADARÁSZ-CULPA

### **CULPA**, por Emese Elisa Sobrino

Está todo bien: has logrado mantener la calma. Llevas un tiempo conteniéndote y hoy has estado a punto de fracasar, pero puedes estar orgullosa de ti porque no lo has hecho. Has respirado hondo como una campeona, has ido directa al baño y te has puesto a llorar. Lo has hecho en silencio para que nadie te oiga y dentro de poco volverás a tu puesto de trabajo como si nada hubiese pasado. Llevas un rato mirándote al espejo, desde que te lavaste el rostro con agua para despejarte y borrar esas lágrimas de culpa. Porque tú tienes la culpa.

Llegaste a la oficina hace un año, llena de ilusión y esperanza. Llevabas un tiempo siendo camarera, echándole muchas horas y ganando poco dinero, trabajando en negro y sin cotizar. Lograste al fin un trabajo de lo tuyo, de aquello que habías estudiado... y ahora estás aquí, quejándote. ¿Cómo crees que se lo tomarán los demás si dices algo, si cuentas por qué estás así? ¿De verdad piensas que te ayudarán? Inocente de ti... Pondrán los ojos en blanco y dirán que eres una exagerada, que no es para tanto. Porque de hecho tú tampoco sabes si es para tanto. Dudas cada segundo y esa indecisión te amarga aún más.

Todo empezó con unas incómodas miradas hacia tus piernas. Te sentaron mal, pero era tu primer día y lo dejaste pasar. La mirada fue subiendo cada vez más aunque sin llegar a detenerse demasiado en tus ojos. Tu compañero empezó a hacer desagradables comentarios que sentías fuera de lugar; chistes casposos, denigrantes, machistas. Pero el resto se reía y tú no sabías muy bien cómo actuar. Las dos primeras veces te salió automáticamente una risa incómoda, como si tu cuerpo te hubiese empujado a ello, como si no hacerlo hubiese tenido consecuencias peores. “Que es broma, mujer”, te decía tu compañero cuando ya no te reías. “Si es que hoy en día ya no se puede hacer ni un chiste”. Y cada vez desconfiabas más de ti. ¿Y si no era para tanto? ¿Y si exagerabas? Incluso cuando te mandó un whatsapp diciendo que había soñado contigo, acompañando el mensaje de varios emoticonos provocativos, te preguntaste si tú habías dado pie a aquello. Le respondiste que te incomodaban esos comentarios, que no te los hiciera, por favor, que no querías leerlos ni oírlos, que te dejara en paz. “Sé que tú también sueñas conmigo”, dijo. Y te convenciste de que habías sido tú quien había abierto la puerta a aquello. No sabías cómo ni cuándo, pero la culpa era tuya. Tenía que serlo.

Te sigues mirando al espejo, triste, examinando tu cuerpo y tu ropa: llevas puesto un vestido que te compraste ayer. Esta mañana te habías sentido muy guapa con él, pero ahora mismo desearías llevar cualquier otra cosa. Por su culpa -no, por la tuya- tu compañero ha ido tras de ti cuando te has levantado por unos informes y te ha manoseado el culo. Te han entrado ganas de llorar, pero has aguantado y has ido rápidamente al baño. Y sigues aquí, intentando tranquilizarte.

Alguien entra. Abres rápidamente el grifo y te lavas las manos intentando disimular. La persona que ha entrado, a la que ni miras por miedo a que descubra algo en tu mirada, cierra el grifo. Alzas la cabeza y ves que es Esme, una compañera del otro departamento que lleva toda la vida en la empresa.

-Lo he visto -afirma. Notas un nudo en la garganta-. ¿Quieres un abrazo?

Dudas pero finalmente se lo das; necesitabas ese abrazo y no lo sabías.

-Tenemos que contarlo -asegura Esme-. Podemos hablar con los jefes, con los de recursos humanos, con el sindicato... Con quien sea.

Niegas con la cabeza.

-Es una tontería, Esme. No pasa nada -tratas de convencerte. Quizá si le quitas hierro al asunto deje de ser tan importante.

-Puedes contarlo o no contarlo, eso depende de ti, pero me niego a que pienses que es una tontería -te mira fijamente con sus grandes ojos azules-. No tiene derecho a decirte ni a hacerte esas cosas. No lo tiene -afirma con cierta impotencia. Sientes su mirada dentro de ti, como si pudiese leer tu mente y tu alma, como si pudiese conocer tus miedos y temores, como si pudiese saber de tu dolor. Te preguntas si a ella le ha pasado algo similar, si tras tantos años en la empresa ha tenido que lidiar con problemas parecidos a éste, si habla desde la experiencia y el recuerdo. Notas calidez y te sientes arropada. Quizá no estás tan sola como pensabas-. Si te sientes más cómoda podemos ir juntas. Sé lo que he visto y estaré ahí para apoyarte. No tienes que callar, de verdad que no.

-No sé... -murmuras.

-No estás sola.

No, no lo estás. Ni estás sola ni loca. Quizá lleves teniendo razón todo este tiempo. Quizá no exageres ni seas responsable. Quizá la culpa sea de tu compañero, por sus comentarios y acciones. Quizá no seas una quejica.

Quizá estés lista para hablar.